



SEMANARIO ILUSTRADO UNIVERSAL

TOMO V

MADRID 7 DE ENERO DE 1879

NÚM. I



PRECIOS DE SUSCRICION			Publicase el 7, 15, 23 y 30 de cada mes	PRECIOS DE SUSCRICION A PAGAR EN ORO		
AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE		AÑO	SEMESTRE	
España y Portugal	40 pesetas	27 pesetas	EDITORES PROPIETARIOS EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA MADRID. — Plaza Sta. Ana, 7 Rambla de Cataluña, 36. — BARCELONA	Cuba y Puerto-Rico.	12 pesos fts.	7 pesos fts.
Países de la Union Postal	50 id.	26 id.		Filipinas, Méjico y Rio de la Plata	15 id. id.	8 id. id.
No se servirán suscripciones sino anticipando su importe				En los otros países, los precios de España más el franqueo		



ADVERTENCIA

Deseosos de complacer á las personas cuyos anuncios no podemos insertar por falta de espacio en la cubierta, daremos en breve á esta mayor extension, que podrá ocupar hasta ocho páginas. Rogamos, pues, á nuestros correspondientes, suscritores y al público en general que se apresuren á entregarnos los anuncios con que piensen favorecernos, si no quieren que más tarde nos veamos tambien privados de insertarlos. La cubierta de ocho páginas se publicará tan pronto como reunamos los indispensables anuncios para llenarla.

SUMARIO

TEXTO

Semana histórica.—Escenas florentinas, por *Emilio Castelar*.—Ponzano y su familia, por *Jerónimo Borao*.—Pensamientos, por *Antonio Cánovas del Castillo*.—Necrología extranjera de 1878, por *Felipe Picatoste*.—Movimiento intelectual en las provincias, por *Fermín Herrán*.—El Pinar. A Paulina. (Poesía. Conclusión.) Por *José Zorrilla*.—Impresiones sobre un paisaje (poesía), por *Cecilio Navarro*.—La vida y la muerte (soneto), por *Alfonso E. Ollero*.—La lectura, por *Federico Valcárcel*.—Bonifacio VIII.—La Exposición retrospectiva española.—La vispera de la boda. Cuadro de *Antonio Dieffenbach*.—La navegación aérea.

GRABADOS

El año 1879.—Bellas Artes. Bonifacio VIII. Copia del cuadro del reputado pintor *Andrés Gástaldi*.—Exposición universal de París de 1878. Sección retrospectiva española en el palacio del Trocadero (de fotografía).—La vispera de bodas. Copia de un cuadro del célebre pintor *Antonio Dieffenbach*.—La lectura. Composición de *Smith*. Grabado de *Soler*.—Costumbres japonesas. El día de año nuevo en el Japon.—La navegación aérea.

SEMANA HISTÓRICA

Ante los nuevos conatos de regicidio que el telégrafo ha transmitido á toda Europa, se pregunta un periódico si llegaremos á la barbarie por el camino de la civilización, ó si el hombre es tan malvado y tan ingrato que se hará indigno de la libertad y del progreso.

La misma impresion profundísima causada en toda Europa por estos atentados puede servir de contestación á esa duda, que indica tan poca fe en la organización de la sociedad actual. Ninguno de los extravíos que han nacido á la sombra de la libertad en la época moderna, ni aún aquellos que han tratado de destruir directamente la familia, pueden compararse al menor de los peligros que atravesaron los tiempos pasados. La sociedad moderna tiene tan robustos fundamentos, ha adquirido una organización tan poderosa, que nada debe temer de los abusos que puedan cometerse dentro de esa misma organización. Sin remontarnos á los tiempos más antiguos en que la familia y el individuo estaban expuestos constantemente á perecer en manos del más fuerte, y no tenían vínculo alguno, ni entre sí, ni con la tierra que los sustentaba; pasando por alto todos aquellos antiguos imperios del Asia y del África, que perecieron para siempre, porque no había en sus dogmas un solo principio salvador; tomando la historia del mundo desde el imperio romano, cuando volvemos la vista al pasado es para nosotros un misterio incomprensible, un asombro y un milagro, cómo aquellas sociedades pudieron vencer los peligros que constantemente las amenazaban, y cómo de aquel conjunto de crímenes y de horrores pudo salir viable el género humano.

Los gobiernos tiránicos, viviendo sólo del capricho y de la fuerza material, los soberanos muriendo envenenados ó asesinados por los jefes militares ó por sus familias; los pueblos entregados á los vicios más repugnantes, imitando en esto á sus señores; sin idea alguna del porvenir; amenazados en su existencia hoy por

los bárbaros, mañana por los árabes y el otro día por los turcos, y creyendo en cada instante posible su aniquilamiento ó su esclavitud; cambiando siempre de amos y señores, del imperio al feudalismo y del feudalismo á la teocracia; sin vínculos de union entre sí; tan faltos de esperanza que se entregaban casi periódicamente á delirios y temores, como el fin del mundo, la influencia de los astros y la maldición del cielo; diezmados por las pestes más repugnantes... Repetimos que cuando se vuelve la vista á lo pasado y se examinan todas esas miserias que ha padecido la humanidad, parece increíble que haya podido venir al estado en que nos encontramos.

Y sin embargo, todo eso ha sido vencido; todo lo hemos pasado como escollos y peligros del camino; y no hay, por tanto, razón alguna para temer y para entregarse á lúgubres delirios y á declamaciones exageradas, porque hayamos llegado felizmente á unos tiempos en que la tentativa de asesinato de un rey conmueva á la sociedad.

Nosotros, que no somos políticos en este periódico, que no participamos de la pasión de unos ni otros, ni nos dejamos llevar del interés en amenazar ó en aumentar el peligro, tenemos inquebrantable fe en que el crimen será dominado y desarmado; y en que esas tentativas, ya sean reales, ya sean, como parecen otras, bromas que consisten en asustar á los reyes y á los gobiernos, desaparecerán bajo el peso abrumador y omnipotente de la conciencia pública, que no puede, que no quiere hoy vivir del crimen, de la violencia ni de la traición como vivía antiguamente.

Tengamos fe en el progreso, fe en la educación, fe en la ciencia; y sobre todo fe en este mismo espíritu que impulsa á todo corazón sano á odiar la efusion de sangre. Sociedad en que el crimen no produciría provecho á nadie, condenándole, por tanto, con su misma esterilidad, y en que el asesino sería siempre un ser repugnante, en vez de recibir la adulación, el poder y el mando, como recibieron casi todos los regicidas antiguos, es una sociedad que tiene en su seno elementos bastantes de salvación. Concebimos todo el horror ante esos atentados; pero no el miedo que parece ha contagiado á las naciones y que se descubre en artículos, libros y discursos.

—Madrid ha presenciado un acontecimiento literario que ocupa en este momento casi todas las columnas de los periódicos. La recepción en la Academia española del literato y hombre de ciencia D. Eduardo Saavedra, que es, para honra nuestra, colaborador de este periódico.

Tal vez ninguna recepción ha sido más solemne y más concurrida, y lo consignamos con gusto; porque alejado el Sr. Saavedra de la política activa, sin la posición oficial que suele dar á estos actos ese aparato ostentoso, cuantos han ido allí han acudido solamente á rendir un tributo al talento, á la laboriosidad y al indisputable mérito del elegido, que tenía ya demostrado en muchos y muy diversos trabajos sus profundos conocimientos en casi todos los ramos de las ciencias, la literatura y las artes. Matemático y hombre de ciencia por su carrera y por su profesión, el Sr. Saavedra ha venido á hacer ver una vez más que las ciencias, como hoy se enseñan, pueden ser una solidísima base para todo género de estudios, porque acostumbrando el entendimiento á la lógica, á la constante observación y á la grandiosidad de las concepciones, penetra con una magnífica preparación en todos los demás grupos en que los hombres han dividido y clasificado sus conocimientos. Toda Europa tiende hoy en la ense-

ñanza á formar la inteligencia de los jóvenes con el estudio de las ciencias, aleccionada, sin duda, no sólo por la razón que acabamos de exponer, y que es evidéntísima é irrefutable, sino porque la experiencia de todos los días está probando, que la robustez, que la salud, que el vigor y claridad del entendimiento se adquiere principalmente en esa gimnasia á que le somete el estudio de las verdades demostradas y demostrables; el admirable análisis á que se prestan los fenómenos de la naturaleza y la grandiosa síntesis de unas leyes que abrazan desde el conjunto del universo con sus inmensurables astros al mundo microscópico, que se escapa á la debilidad de nuestros sentidos.

Sería interminable la lista de los hombres que hoy en Europa gozan de una fama gloriosa en letras, en arte, en política, y que tienen por base de sus estudios las ciencias. En nuestra España sucede lo mismo, y para no herir susceptibilidades, para no cometer indiscreciones ú omisiones, sensibles para nosotros mismos, citaremos sólo los nombres de los señores Saavedra y Echegaray, matemáticos, compañeros y amigos, que representan dignamente á cuantos en nuestra patria han venido al campo de las letras por el camino de las ciencias.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que nos darían motivo para escribir muchas cuartillas, entremos á reseñar el acto de la recepción.

El discurso del Sr. Saavedra versó sobre la literatura aljamiada; y con decir esto solo puede conocerse que había de ser un trabajo de erudición; de una especie de investigación arqueológica en la literatura española, por haber desaparecido del todo, como un trazo que se borra, no sólo la época, sino la influencia que aquellas obras pudieron ejercer en nuestra historia literaria. No es posible en un breve artículo, escrito casi en el momento de la recepción, dar idea del trabajo del nuevo académico. Es una obra de profundo estudio, sembrada de notas y apéndices, formada con datos buscados en las principales bibliotecas públicas y particulares de Europa, que el Sr. Saavedra ha escudriñado, hasta el punto de hacer servir de base á un índice general de la literatura aljamiada. Pero sin descender á un examen minucioso, imposible en estos momentos, podemos asegurar que el nuevo académico ha escrito un nuevo capítulo de la historia de la literatura española; capítulo tanto más importante y tanto más difícil, cuanto que ha exigido un ímprobo trabajo; una paciencia incansable, una vastísima erudición y una conciencia literaria á prueba de todo género de obstáculos, cumpliendo así con un rigor extraordinario el verdadero deber del académico, llevando la luz á campos poco explorados y á rincones olvidados, en vez de amontonar bellas frases sobre materias conocidas.

El público, compuesto, como hemos dicho, de lo más selecto de nuestras letras y ciencias, felicitó al Sr. Saavedra, como tal vez no hemos visto nunca felicitar á ningún académico.

El Sr. Cánovas del Castillo, colaborador igualmente de nuestro semanario, y que presidía el acto de gran uniforme, era el encargado de contestar al Sr. Saavedra. Y lo hizo en un brillante discurso que fué oído con gran atención, y con gran complacencia también al reflexionar que los más altos puestos honran las letras, y que ni los cuidados del gobierno, ni las mil preferentes atenciones del poder han conseguido alejar al ministro del académico; ni quitarle el tiempo para dedicarse á tareas históricas y literarias.

Sin embargo el Sr. Cánovas fué ante todo

político en su contestación, y se propuso hacer ver que la expulsión de los moriscos ha sido juzgada con pasión y ligereza, más bien por extranjeros que nos han impuesto su opinión, que por españoles, entrando á considerar la precisión de aquella medida por las circunstancias de España y del gobierno ante Europa, ante África y ante sí misma.

Dicen los abogados que no hay mala causa cuando está bien defendida; y esto mismo podríamos decir nosotros de la defensa de la expulsión de los moriscos. El Sr. Cánovas, tal vez por hacer gala de su talento, su elocuencia y sus conocimientos históricos; tal vez por pretender hablar, más bien como hombre de gobierno, que como crítico, y por sostener un punto que quizá ningún otro se hubiese atrevido á tratar de tal manera, dará seguramente ocasión á discusiones en la prensa, sobre un hecho histórico que estaba unánimemente juzgado, á no contar cierto reducido grupo, atrásadísimo en todo género de estudios, y colocado por su obcecación ó su interés fuera del movimiento moderno.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros buscó la razón de estado como única explicación satisfactoria de aquel hecho tan censurado, y le disculpó con la constante rebeldía de la raza vencida, con la ninguna esperanza de su fusión ó asimilación á la cristiana, y con los peligros que ofrecía diariamente este enemigo interno dada la situación política de España; tratando, por último, de atenuar sus consecuencias, aminorando los desastrosos efectos de la falta de aquellos brazos trabajadores y activos.

Todo es discutible, y mucho más en boca de quien posee las condiciones de fondo y de forma que el Sr. Cánovas del Castillo; pero creemos que no habrá quien pueda demostrar que con esa expulsión se enriqueció España; ni que el espíritu que la aconsejó y la llevó á cabo dejó de influir directamente, con esa y otras medidas semejantes, en la horrible miseria que la siguió y en el tristísimo estado de prostración, de atraso y de ignorancia, de que todavía nos resentimos, mientras las demás naciones caminaban por el esplendoroso camino de los descubrimientos y del progreso.

Un solo y aislado hecho histórico puede juzgarse de modos muy distintos, según el criterio con que se examine; y rodeándole de las circunstancias necesarias del momento es siempre posible disculparle y aún defenderle. Pero nosotros creemos que los hechos importantes no pueden apreciarse con este criterio estrecho, sin romper la filosofía de la historia. Hay que relacionarlos con su causa, hay que unirlos á otros anteriores, simultáneos y posteriores; hay que examinar sus consecuencias complejas, y darles cabida dentro de una síntesis general, dentro de una concepción que abrace una época bajo el punto de vista filosófico.

Si el Sr. Cánovas del Castillo con su elevadísimo talento hubiese juzgado de este modo aquella perpetua tendencia al aislamiento, que expulsaba hoy á los judíos, mañana á los moriscos y en el reinado siguiente á todos los extranjeros, por la razón de que se comían mucho pan; si hubiese atendido á lo que fué el hecho que examinaba, como acto relacionado con otros, seguramente no habría podido hacer sobre él las consideraciones que hizo.

Es indudable que el rey, el gobierno y los consejeros tuvieron alguna razón para tomar tan grave medida, y por consiguiente, colocándose bajo este aislado punto de vista, mirando las cosas de esta manera, no sólo es posible defender la expulsión de los moriscos, sino ensalzar y cantar la despoblación, la miseria y el

aislamiento de España, como hubo quien lo ensalzó en aquel mismo siglo, probando que nuestra nación debía tener más habitantes en el cielo que en la tierra.

De todos modos la sesión de la Academia española ha sido un verdadero acontecimiento literario: ambos discursos quedarán como monumentos de ingenio, de erudición y de elocuencia; y cuantos asistieron á tan solemne acto salieron con esa grata satisfacción que producen las honrosas lides literarias, que son una gloria de la patria.

La importancia de este suceso para un periódico de la índole del nuestro nos ha hecho ser algo más extensos de lo que acostumbramos, como meros narradores, y nos obliga á retirar otras noticias de ménos interés.

ESCENAS FLORENTINAS

¿Quién puede hoy fingirse un rico entierro florentino en la Edad Media? Doblan las campanas todas de Florencia con fúnebres lamentos; después se abren las casas al deseo de presenciar la ceremonia; cúbrese las calles de gentes como en las fiestas de San Juan y en las grandes procesiones; los cleros diversos, con sus capas de terciopelo y sus sagradas cruces, corren de un lado á otro atareados y de prisa; los innumerables frailes de los diversos monasterios animan las estrechas calles y los sombríos palacios con sus hábitos pardos, negros, azules, blancos y sus salmodias religiosas cantadas á coro; los parientes del muerto, vestidos de largos trajes de duelo, lloran con amarguísimos sollozos y se mesan los cabellos con verdadera ó fingida desesperación; los invitados parecen salidos de los sepulcros, pues ciñen camisas de lino semejantes á tristes sudarios; las planideras y los planideros alquilados dan alaridos, cuya furia crece en proporción inversa de su sinceridad y directa de su precio; la viuda desolada va conducida con la solemnidad y el aparato que una Dolorosa; el muerto, envuelto en tisú de oro, tendido sobre un lecho de terciopelo, rodeado de setenta antorchas, conducido procesionalmente, lleva en pos de sí doce caballos, éste con la bandera de la familia, aquél con las armas, otro con las espuelas y la cimera y el penacho y el guantelete y la espada, el último con manto de escarlata sobre el lomo y conducido del diestro por un paje, cuya dalmática resplandece por resaltar en ella, sobre fondo violeta, las guirnalda de oro; y por último, lo llena todo el pueblo entero con sus inmensas muchedumbres que acompañan el cortejo hasta la parroquia, donde ponen al cadáver un plato magnífico sobre el pecho, á fin de que lo llenen de monedas, destinadas á aumentar los responsos, las misas, los rezos, y por consiguiente los rendimientos y riquezas de la Santa Madre Iglesia.

Si tan ruidosos eran los duelos en Florencia, imagináos cuánto lo serían los mercados. Zumbaban como conjunto inmenso de colmenas. Contábase dos principales, uno llamado el Viejo y otro llamado el Nuevo. Antes de llegar, desde el sitio donde se lloraba la muerte, al sitio donde se reunían los alimentos necesarios para la vida, se pasaba por delante de varias logías, especie de tribunas anejas á las casas y palacios, donde las familias solían reunirse, y en casi todas departían con los asistentes sobre los sucesos, los chismes, los cuentecillos, los entremeses, los dramas y tragedias de la ciudad. Era el mercado cosa pintoresca. Una gran plaza le servía de teatro; cuatro iglesias adornaban sus cuatro frentes; varios palacios de familia, ó

ricas ó nobles, terminaban aquel cuadrado; junto á las mesas donde se ofrecían las carnes frescas, alzábanse los puestos de hortalizas y legumbres con toda su fragancia; junto á una tienda que chorreaba sangre, una espuerta que despedía esencias; junto á los pobres pájaros cazados y muertos, las palomas y las tórtolas enjauladas vivas; entre las tripas y los mondongos todavía calientes, las flores aromáticas; aquí buhoneros con su quincalla ambulante, y allá chalanos con sus jacos y sus asnos enjaezados; aquí vendedores desafortunados invitando á los paseantes á la compra, y allá compradores resistentes oponiendo sus continuos regateos á los precios; el tardo buey mezclado con el caballo impaciente; la gallina de agudos cánticos con el cerdo gruñón; el dulce borrego con la inquieta cabra; el novillo que acababa de derribar los vasos de una taberna con el sosegado búfalo, que aguardaba resignado su carga, formando todos estos contrastes un cuadro tan vivo, y todos estos ruidos de gritos, voces, clamores, balidos, rebuznos, cánticos, arrullos, votos, blasfemias, graznidos, relinchos, un estruendo tan grande, que no podía irse á semejante sitio sin creerse en medio de una ciudad delirante ó aquejada de exaltadísima demencia.

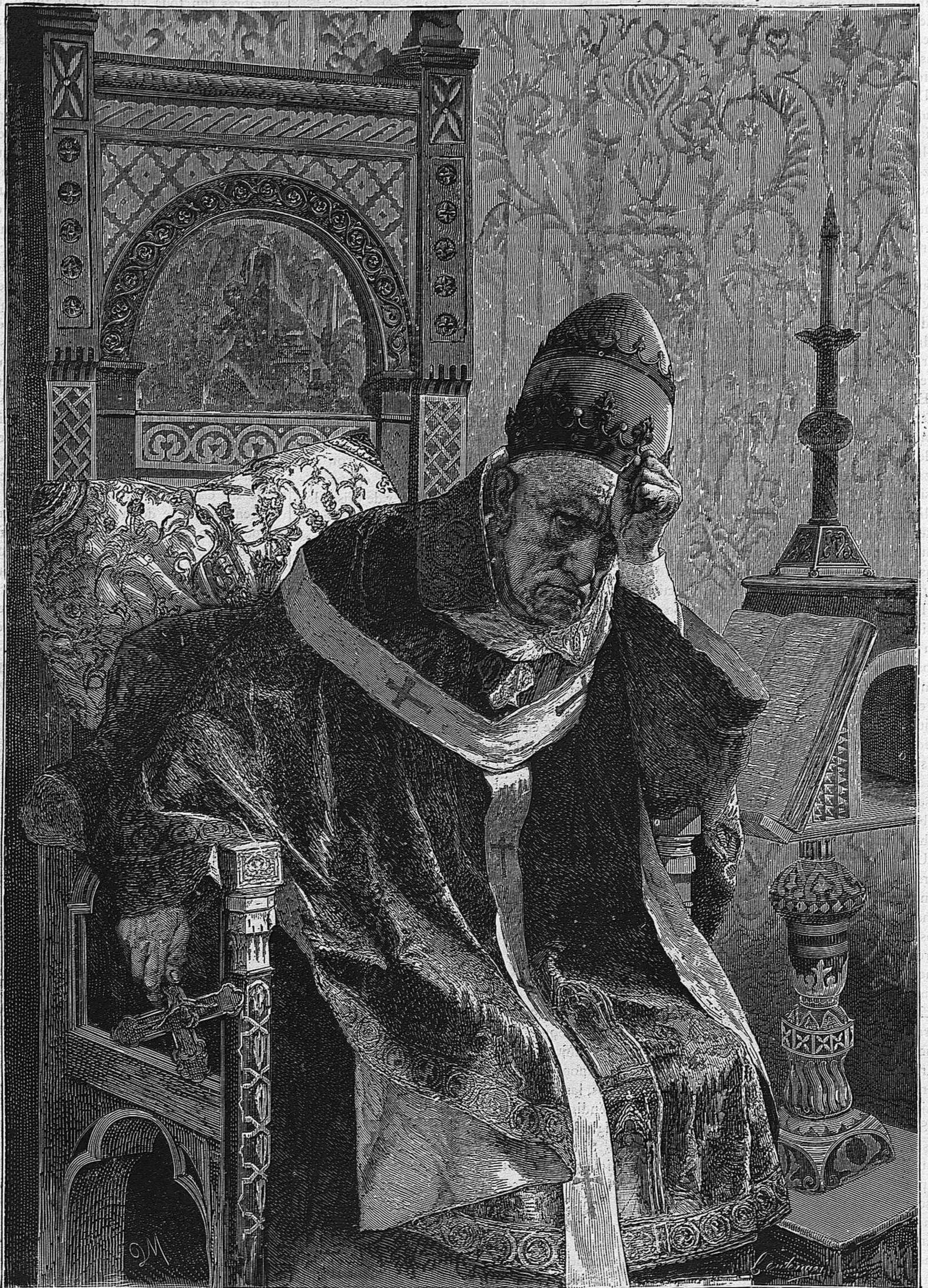
Como para aumentar más lo pintoresco de aquel sitio, veíase á un extremo, en frente de la calle de Calimala, un altar consagrado á la Virgen, donde se decía misa al aire libre y se arrodillaban los mercaderes para cohonestar con su religión profundísima sus estafas continuas. En aquel momento pasó terrible cortejo; aparecieron grupos de frailes, varios sayones, un franciscano que hablaba á grandes voces, un reo de muerte vestido con la hoga al uso, piquetes de guardia, esbirros y ministros de la policía, y por último, el verdugo. Cumplíase una costumbre de rúbrica en Florencia. Los que llevaban á ahorcar se ponían allí de rodillas y consagraban una oración á la Virgen.

El reo en aquel momento se desmayó, y hubo necesidad de tomar cordiales y esencias en las farmacias vecinas, á fin de devolverle prontamente la vida para que pudiera sentir mejor la muerte.

Es un perusino, corto de conciencia, largo de manos, en el beber un mar, en el dormir un Morfeo, que juega á los dados como los escamoteadores á los cubiletes, que vive por todos los burdeles, superando en número de mujeres al gran turco y en riquezas al rey Crespo, pues si veía la caja ó la cama ajena se entraba de rondon en ellas, como si el mundo entero le perteneciese por razón de su falta de escrúpulos y de su sobra de audacia. Fué una noche al Scheraggio, letrina material donde se reúnen todas las inmundicias y letrina moral donde se reúnen todas las cortesanas. Allí el vino lo emborrachó, la orgía lo hartó, el placer lo enloqueció; y de los labios donde libara tantos impuros besos, de los labios de una mujer perdida, oyó la revelación de que, escalando cierta iglesia, y yendo al sepulcro donde por la mañana habían enterrado á un rico gentil-hombre, cuya espada llevaba engarzada la más preciosa esmeralda venida del Oriente, podrían darse una vida á guisa de señores de horca ó comerciantes con Asia.

Aún no lo habían pensado, cuando ya lo tenían puesto por obra, como si trataran de la más sencilla cosa, y sin temor ni á Dios, ni al diablo, ni á los escribanos, ni á los jueces, ni al verdugo. Diríase que para ellos estaban como acabados mundo, cielo, infierno, y quedaban solamente su presa y su codicia. A la callada, en noche oscura, cuando todos dormían, descendieron de sus zahurdas y escalaron la iglesia,

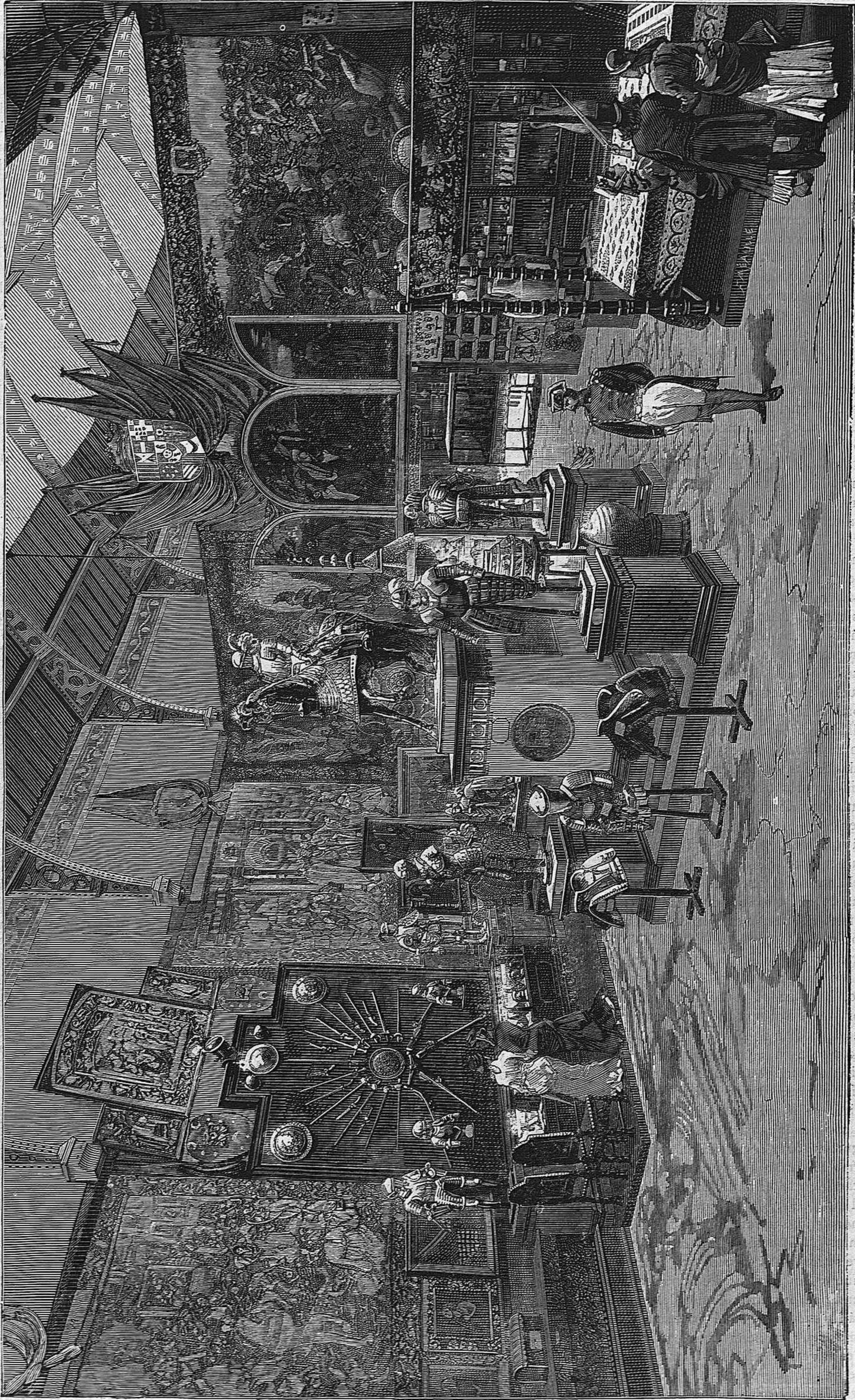
BELLAS ARTES



BONIFACIO VIII

COPIA DEL CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ANDRES GASTALDI

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1878



ARTE RETROSPECTIVO — SECCION ESPAÑOLA EN EL PALACIO DEL TROCADERO

(DE FOTOGRAFÍA)

dos mujeres, dos hombres, y el héroe que habéis visto desmayarse como una dama, cuando no tiene ni corazón ni conciencia. Al punto que en el lugar sagrado penetraron, los pasos en las huecas tumbas cuya resonancia aumentaba el silencio de las tinieblas; las sombras caídas de la bóveda que expresaba el dudoso centelleo de las lámparas; las estatuas y las efigies agrandadas entre estas sombras como entre misterios; el estallido de las sienas, ya hinchadas por los remordimientos, y el dolor de los corazones, ya lacerados por siniestros terrores, les helaron de espanto, quedándose hechos una piedra, como la mujer de la Escritura cuando volvió sus ojos á las malditas regiones de Pentápolis. Mas no era posible retroceder después de entrados en la trampa; y sostenidos unos en otros, gritando al menor ruido, cayendo sobre el pavimento al menor tropiezo, echando á correr para chocar en las columnas y en los altares, si de sí mismos y de sus respectivas respiraciones se asustaban, dieron al cabo con la tumba, de las dimensiones casi de un panteón; y á fuerza de piquetas, de martillos, de barras, de esfuerzos, de porfías, entreabrieron la tapa y echaron al perusino con mucho trabajo: que á punto de reventarse estuvo entre la losa y el borde en aquella estrechísima abertura, la cual, en sentir de ellos, conducía á la riqueza, y en los juicios de Dios, al infierno. En tal momento se olvidaron de lo más necesario, de una luz; y hubieron de pedir-la á próxima lámpara en cuya llama fueron á encender cierto cabo de vela. Mas, al acercarse á la luz, saltó una lechuza, que con sus frías y sedosas alas rozó la frente del malvado, cuya perversa mano animaba en la llama, donde sólo pueden alimentarse ideas celestes, los instrumentos de su crimen. Y al extinguirse la luz, y al saltar aquel bicho semejante en las tinieblas á una sombra de los ángeles caídos, y al oírse el vuelo callado, como si abriese la muerte sus alas, y al columbrarse los ojos verdosos como las llamaradas de los fuegos fatuos, creyéronse todos perdidos, y los que sostenían la pesada losa dejáronla caer sobre el cuitado, poniéndose todos en cobro para huir hasta de la ciudad y dejando á su cómplice enterrado vivo en compañía de un muerto. Se eriza el cabello y se estremece el corazón al pensar lo que allí dentro le ha pasado y al oírsele contar. Tinieblas palpables, falta de aire, estrechez de espacio, silencio sepulcral, hedor asqueroso, la frialdad de la muerte, la compañía de un cadáver, el choque de los huesos en las piedras al menor movimiento, la humedad de los humores producidos por una descomposición reciente, los gusanos que devoraban aquellos despojos; todo cuanto se contenía en aquel asilo último de nuestras miserias, todo le aterraba en términos que se creía, aunque vivo y espirando en el apestado aire, caído en las regiones de los muertos y condenado á yacer allí perpetuamente. Figuráos cómo respiraría en aquel hedor; qué frío le darían los gusanos pasando sobre sus carnes; qué estremecimiento el contacto con el hinchado cadáver; qué asco los pútridos humores; qué terror la seguridad de no poder levantar la abrumadora losa contra cuya pesadumbre se rompía el cráneo; qué desesperación la muerte anticipándose á enterrarlo vivo y extinguiendo su existencia dentro del sepulcro, junto á los cadáveres, en el momento mismo de cometer un crimen; tormentos todos superiores en horrible intensidad á los tormentos del infierno. El pobre perusino se revolvía de aquí para allá, sin poder desasirse del muerto, como si le tuviera abrazado fuertemente y unido á su corrupción. Donde quiera que se revolvía lo encontraba, como si conservase el mo-

vimiento y quisiera que aquel inesperado compañero le devolviese con su contacto el calor perdido de la vida. En este terror, el cuitado daba alaridos horribles y se hería y se magullaba el cuerpo llamando con repetidos llamamientos á las frías losas donde estaba encerrado.

En toda la noche ningún rumor, ninguno, respondió á tantos clamores. Los compañeros de su hazaña, aunque tan aterrados, y en el huir tan presurosos, salieron con todos los instrumentos, pues cada cual llevaba uno, y quitaron todas las escalas, no dejando rastro alguno de su paso. Así es que, al levantarse el sacristán y entrar al arreglo diario de su iglesia, no echó de ver cosa alguna, porque ni huella ni rastro quedaba del asalto, y los ladrones se habían guardado muy bien de tocar á ninguno entre tantos sacros objetos, husmeadores solamente de la gruesa esmeralda encerrada en el señorial sepulcro. Por su parte, la pobre víctima de la propia codicia y el ajeno miedo, á fuerza de luchar y reluchar, de estirarse y encojerse, de llamar con redoblados llamamientos, de herirse contra las piedras, de golpear con su cráneo y arañar con sus uñas, había agotado sus fuerzas físicas y estaba materialmente exánime. En uno de aquellos movimientos, sin darse cuenta de cómo ni por qué había sucedido, cual en todos los grandes terrores y á todos los aterrados suele acontecer, creyó que caía sobre su espalda la férrea mano del muerto, enterrado con toda su armadura. Al estremecimiento de miedo que le dió, chocó la sien izquierda en la punta de la celada, pero con una fuerza tal, y despertándole un dolor tan vivo, que perdió el sentido y se quedó tan rígido y tan muerto y tan helado como el mismo difunto. Así es que á las primeras horas del día nada se oyó, tomado el perusino de su desmayo. Estaba el sepulcro en tierra, próximo á la pared de una oscura capilla, no lejos del altar, y al lado que se llama del Evangelio. En tal capilla decíase á las nueve de la mañana solemne misa por la eterna salvación y el eterno descanso del muerto. Estaba la capilla completamente llena, el sacerdote absorto en la ceremonia, cuando al volverse á decir el *Dominus vobiscum*, se oyó como un espantoso bramido que salía de lo interior del sepulcro y unos golpes que resonaban fuertemente en las losas, como si en los aires se hubiera oído la hora del último juicio y los muertos se irguieran y se levantaran para obedecer la voz divina que anunciará la consumación de los tiempos y el desquiciamiento de las esferas. Oír los circunstantes aquel bramar parecido al clamor de los condenados; aquel golpear siniestro en la losa del sepulcro; aquel estruendo en las cavidades del vacío y del silencio; oír esto y aterrarse todos, como si en una gran concurrencia se pronunciase la palabra «fuego;» fué obra de un momento. El sacerdote echó á correr como si el diablo se hubiera aparecido á sus ojos. Las gentes precipitáronse unas en pos de otras; salieron en tropel; saltaron por todas partes, cayendo éstos, tropezando aquéllos, hiriéndose todos, desmayándose las señoras, con tales alaridos y tales gestos que parecía la iglesia un sábado de brujas recientemente sorprendido por inesperado incendio. La noticia se comunicó á las gentes, y las gentes la transmitieron á los magistrados, y los magistrados á la policía; y todos á una corrieron á ver el caso y á conjurar el peligro. Mas policía, magistrados, sacerdotes, en cuanto se acercaron al sepulcro, corrieron á lá desbandada, creyendo habérselas, no con seres reales, sino con los mismos diablos venidos á turbar la existencia de los vivos y el reposo y el sueño de los muertos. Por fin, cierto capitán y sus soldados se decidieron á la opera-

ción de levantar la losa, bajo la cual encontraron al muerto casi destrozado y al vivo en tal situación que parecía haber vuelto del otro á este nuestro mundo. Sacáronle de aquel sitio y confesó, todo atribulado, su crimen y los cómplices con cuyo auxilio lo había tristemente cometido. Pero estos cómplices no fueron encontrados en Florencia por haber huído conociendo la suerte que les aguardaba; y el reo fué enviado de tan sumaria manera á la horca, que pasó bien rápidamente de la sepultura donde le encerró su delito, á la sepultura donde le encerrará la justicia.

EMILIO CASTELAR.

Á continuación comenzamos á publicar un artículo del reputado rector de la Universidad de Zaragoza y clásico escritor D. Jerónimo Borao, que había escrito expresamente para LA ACADEMIA. Al verificarlo, debemos manifestar la profunda pena que sentimos de vernos privados de su colaboración; pues, como saben nuestros lectores, la muerte acaba de arrebatárnoslo. Era una de las más legítimas glorias literarias de España y una de las más ilustres plumas de nuestro semanario.

PONZANO Y SU FAMILIA.

Sin vanidad, España sirve para todo: después de meterse uno por su historia adentro y parecerle que esta nación ha nacido para la guerra, le ocurre á uno un cambio de frente en el orden de las ideas, y la encuentra igualmente y quizá superiormente dispuesta para la poesía. En este arte no hay pueblo alguno moderno que le saque ventaja: en el de la elocuencia produce maravillas de belleza sobre un fondo más científico que el que hubo nunca ni aún en las tribunas griega y latina: en las artes plásticas creíamos vivir, como los nobles ya decaídos, con los recuerdos de nuestro escultural siglo xv y de nuestro pictórico siglo xvii, y, sin embargo, hemos visto brotar en una docena de años más de otros tantos autores que compiten con los primeros artistas de Europa. Hasta en el arte musical, en donde nadie ha sido nada, sino los alemanes como precursores y los italianos como redentores, vamos dando de nosotros graciosa, si modesta, música; cantantes de primer orden, aunque en número escaso; partituras religiosas que traspasan los Pirineos y los Alpes; y aun tal cual vez alguna ópera, como la última de Zubiaurre, que, si nos empeñáramos los españoles, estábamos expuestos á que fuese la señal de un levantamiento que á todos sorprendiera.

Sin salir de la escultura, que es la que más se relaciona con el asunto del presente artículo, ¿quién no advierte que, aun faltando en España demanda, han sobresalido un número razonable de escultores? No solamente estamos muy lejos de la Grecia, que traducía su historia, su religión y sus ideas en monumentos y estatuas; pero aun estamos á gran distancia de la Italia, la Alemania y la Francia de nuestros días, en donde se ha premiado prodigamente con el mármol ó el bronce á sus hijos predilectos, mientras nosotros lo vamos haciendo hartamente, y aun eso de muy pocos años á esta parte. Y, sin embargo de haber vivido todo el largo reinado de Isabel II en esa especie de atonía, y ciertamente no por culpa de aquella princesa ni de sus gobiernos, hemos visto trabajar, casi á la ventura y casi por su cuenta, á los Piquer y Ponzano, los Medina y Pérez, los Elías y Aleu, los Martín y Vallmitjana, los Bellver y Suñol, los Moratilla y Páramo, los Bover y Palau, los Figueras y Suvirats; y, aunque no pretendemos comparar á todos estos entre sí, ni ménos con los Alvarez, Sola, Campeny y Salvatierra, ni todavía ménos con los artistas contemporáneos extranjeros Canova y Torwaldsen, Tenerani y Fogelberg, Ranch y Schwauthaler, David d'Angers y tantos otros como en Francia ilustran con los cotidianos monumentos públicos de esta nación el arte de la escultura, bien podemos asegurar que jue-

gan todos aquéllos un importante papel en el concierto artístico de este siglo y que entre ellos ostenta dotes eminentes Ponciano Ponzano.

Robado, muy poco tiempo hace, á la escultura y á la vida, lícito ha de sernos concederle este lugar de honor, ganado por él valientemente con sus múltiples y bien ejecutadas obras, y concedido hoy de buen grado bajo la influencia del dolor y del cariño que en todos ha producido y avivado su muerte todavía prematura. Pero no es mi intento rasgurar de él un estudio, ni siquiera una biografía: todo eso está ya hecho, y muy discretamente hecho, por Tubino, por Martínez Ginesta y, aunque de perfil, por Bremon. Si yo tuviera alguna vanidad, no sería tan grande que me aconsejara competir con personas que saben tan perfectamente su oficio y que parecen ambidextros, según la conjunta suficiencia que como escritores y artistas nos revelan: salgo, pues, á la palestra, porque puedo decir algo que sea nuevo al público, algo que no supieron, ó desdénaron por lo diminuto, los que se han ocupado de Ponzano.

Si este artista tiene bastante mérito para que nada de lo á él tocante nos sea indiferente, no se tendrán por baladíes las noticias que á su familia se refieran y que el mismo Ponzano me consta que ignoraba; y como yo me doy á entender que, si estas noticias se retardan y yo no las doy que las poseo, será probabilísimo que de todo en todo se pierdan (y nada es bueno en este mundo para perdido), de ahí el que me haya propuesto, quizá con mal consejo, ocuparme en cosas relativamente pequeñas, pero que adquieren alguna fuerza y alguna importancia por el engranaje á que se las somete. Es, pues, mi plan decir algo de la familia de Ponzano, y, al llegar á éste, referirme en general á lo que otros han dicho antes y mejor que yo, no embargante el apuntar de mi parte alguna especie ó nota que no haya cabido por cualquier causa en aquellas biografías. Todo ello, aunque poco lucido, me ha costado durante algunos años testarudas investigaciones; porque sabido es que entre los rebuscadores literarios, como acontece en la caza y en el juego, el mismo interés se pone en lo pequeño que en lo grande; y valga lo que valiere lo que yo diga, poco será lo que al lector cueste, resumido como se lo doy en este extracto.

La familia de Ponzano fué, por todos sus vientos, una familia de artistas y casi de bohemios: artistas de poco fuste; pero, en fin, levadura suficiente para explicarnos el nacimiento de nuestro grande escultor. Ignoro cuál fué el estado ó clase de los primeros ascendientes hasta donde se remonta el árbol de familia que poseo; pero esos ascendientes fueron D. Pedro Ponzano, casado con D.^a Esperanza Enjuánes; su hijo D. Juan, con D.^a Magdalena Aguilar; su hijo D. Francisco Jerónimo, con D.^a Catalina Salinas; su hijo D. Bartolomé Tomas, con D.^a Rosa Alcerna; su hijo D. Francisco, con D.^a Isabel de Segura y sus hijos D. Baltasar, D. Mariano, D. Diego, D. Ramon y D. Pedro, sobre cuyos cinco Ponzanos hay que detenerse, porque éstos son á quienes principalmente llamamos nosotros la familia de Ponzano.

En efecto, el padre de éste fué D. Pedro. Amigo íntimo de Goya y Bayeu, versado en el conocimiento de las escuelas, sabedor de mil anécdotas artísticas, erudito en la parte de historia que le era precisa para explicar todo asunto de todo cuadro, tenía una verdadera competencia en materias artísticas, pues había leído (y lo que una vez leía nunca lo olvidaba) las obras de Pacheco, Arce, Palomino, Vasari, Pozzi, Cean y Pons, con otros más libros del oficio. También hubo en él sus pujos de pintor; y aunque en la restauración de cuadros yo no lo hubiera llamado á la del *San Antonio* de Murillo, pues sacó bastante mal naipe para esa clase de trabajos, todavía como pintor al temple tuvo muy buenos puntos, á juzgar por un retablo que pintó en lienzo para la iglesia de San Francisco (hoy palacio de la Diputación), cuadro de cierta grandiosidad y buen carácter, cuya perspectiva estaba tomada de la obra de Pozzi y cuya composición y aun desempeño le hacían recomendable por extremo (1).

Como su edad era ya mucha en los tiempos

(1) Esto tengo afirmado en una curiosa carta de Ponciano; pero otras noticias mías atribuyen ese altar, que era el segundo de la derecha, á Baltasar, hermano de D. Pedro.

en que le conocimos los que éramos entonces niños y hoy somos personas mayores, y como su memoria era, según hemos insinuado, punto ménos que la de Séneca, no había piedra en la Zaragoza del siglo pasado que él no supiera en donde se había asentado y para donde había sido removida; y, como los franceses dejaron una ciudad nueva; es decir, distinta, con el destrozo que hicieron en la antigua, se necesitaba uno que reconstruyese lo destruido, y éste era D. Pedro Ponzano, guía seguro para los curiosos, para los escritores y para los que gozan en resucitar, siquiera sea en la imaginación, lo que ha venido á desaparecer en los brazos de la muerte.

Añadiré para concluir que aquel hombre atlético, aquel anciano indestructible, que, después de los setenta años contrajo nuevas nupcias y tuvo de ellas sucesión, pasó casi toda su vida adherido y casi incrustado en la Academia de Bellas Artes de San Luis, de la cual era conserje. Vivir entre sus queridos cuadros, codearse con la gente mas aristócrata, alternar de superior á inferior con los artistas, pelear todos los días con la canallita dibujante que poblaba aquellas aulas y á quien él trataba como á un enjambre de nietos, y educar para el arte á su buen hijo Ponciano eran sus ocupaciones, sus delicias y su plácida manera de existir.

Queda descrito, aunque de una manera aboetada, uno de los cinco Ponzanos á quienes dejé agrupados como hermanos: de los otros, consta que Baltasar fué tambien pintor y aún maestro de dibujo en el Hospicio ó casa de Misericordia, y que Ramon ó Diego, uno de los dos, fué el padre de un *Periques*, así llamado por toda su gente y por toda la falange zaragozana de los artistas del trueno, hombre de chacota y algazara, pintor cuando quería, haragan casi siempre, bebedor á todas horas, libre en su vestir y en su andar, pero de buen instinto y de mérito no vulgar como adornista, habiendo sido el camarada de otro aventurero de gran travesura, que fué el que hizo los gigantes y cabezudos de Zaragoza y se llamaba D. Félix Oroz, y el maestro del reputado escenógrafo y persona de gran gusto D. Mariano Pescador.

El otro Ponzano fué D. Mariano, y éste ya tiene alguna más historia de pintor, historia que nadie sabía ni sabe, de la cual por consiguiente nadie ha dicho nada (1) y para la cual he conseguido yo acopiar bastantes noticias, que en pocas líneas voy á producir.

Nació D. Mariano Ponzano (quizá sin *don*) en Zaragoza á 14 de Setiembre de 1763 (2), y fué bautizado en San Miguel, siendo su padrino D. Lorenzo Alcaide, aunque sus actuales descendientes me dicen que lo fué Goya, cuya especie he comprobado no ser exacta. Lo que sí parece más cierto es que marchó con él á Roma para perfeccionar sus estudios, empezados en la naciente Academia de San Luis de Zaragoza, y que volvió á esta ciudad, en donde casó el año 1790 con D.^a Rosa Portanell, de la cual tuvo cinco hijos, alguno de los cuales ha de jugar todavía en esta reseña.

En Zaragoza anunció muy desde el principio sus buenas disposiciones, y una prueba de ello nos la dan los periódicos de aquel tiempo, pues en una *Gaceta* de 1787, se lee que la Sociedad Aragonesa, y en su nombre el curador de la escuela de dibujo, Sr. D. Juan Martín Goicoechea, le otorgó en sesión pública el primero de los seis premios costeados por la marquesa viuda de Estepa, que consistió en 320 reales: el fundamento de este premio fué una copia del *Apolo de Medicis*. De Zaragoza pasó muy joven á Roma, precisamente como su sobrino Ponciano, y una vez vuelto á Zaragoza, se fué á vivir modestamente á la calle alta de San Pedro (hoy San Jorge) frente al monumental palacio de la Infanta, palacio en donde cabalmente un hijo suyo había de vivir y morir andando el tiempo.

En busca de mayor horizonte y mejor vida artística, pasó en 1796 á Madrid, y fué muy bien recibido, dedicándose principalmente á la pintura de techos y habitaciones, entónces en que, ni todo era tapices, ni había empezado á destronar á la pintura el empapelado. Allí su residencia fué larga, como se deduce de haberle nacido en Madrid sus tres últimos hijos y de

(1) Osorio y Bernard, en su *Galería de artistas españoles de este siglo*, le nombra por incidencia en su artículo *Lalana*.

(2) Su familia dice que en 1770, y en efecto, esta fecha casa mejor con las noticias de su carrera.

haberle muerto su esposa en 1809, á los 36 de edad, en la parroquia de San Andres. Hubo de ocuparse, al lado de otros pintores, en la ornamentación de los palacios de Aranjuez y el Escorial, así como de la Moncloa, y me aseguran que su despejo y su mérito llamaron la atención del rey, á cuya iniciativa se debió el que se le reservara para pintor de cámara, asignándole de presente el medio sueldo, si bien no alcanzó, á causa de la invasión francesa, el nombramiento apetecido. Para entónces ya tenía él un mediano pasar y aún había afincado en una casa de la calle de Jacometrezo; pero, muerta su esposa, vendió lo que en Madrid poseía, y quebrantado su espíritu y pérdidas con aquella pérdida hasta sus ilusiones de artista, volvióse á Zaragoza con sus cinco hijos y fué á habitar á la calle Castellana, casa del Cacho. Aquí, con la mayor reputación que ya tenía, desde que en Madrid puso á prueba su talento, fué solicitado á porfía por la grandeza para la decoración de sus palacios, siendo en este género su más notable obra el salon principal del conde de Fuentes.

(Continuará.)

JERÓNIMO BORAO.

PENSAMIENTOS

Cuanto más obedece á la ley moral, ménos léjos de lo sobrenatural se halla el alma.

Bástale á la sociedad, para aceptar esta ley, que sea útil al mayor número; mas el individuo no siempre gana en su cumplimiento, y ¿quién ha de trocar el placer por el dolor mano á mano?

Así buscan tantos sanción á la moral después de la muerte, y tan pocos se confiesan ateos.

Pero, ¿hay algo sobrenatural ó no. Si no ¿cómo reprimir á la naturaleza? ¿Quién tiene el derecho, ó quién la obligación de cerrar á los apetitos de ella el paso?

Para esos que sólo admiten la naturaleza no hay otra moral á la larga que la que cabe en el código penal, y aún ésta, ha de guardarse allí muchas veces en vano.

Crear en otro es lo único que sujeta al imperio de la moral en este mundo, cuando se espera allí el juicio de un Dios independiente del Universo y del hombre.

La religión y la moral, si no son, pues, una cosa misma, lo parecen al ménos.

Y en verdad nada hay más raro que hallarlas por separado en los hombres.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

NECROLOGÍA EXTRANJERA DE 1878

I

La necrología de un año es el resumen de la historia de una generación, es decir, de un periodo de tiempo igual á la vida media del hombre; porque es el recuerdo de los hechos notables en que han intervenido los que en ese año concluyeron su misión sobre la tierra. Aquel juicio público que los egipcios hacían sobre el cadáver de sus reyes se reproduce, como una costumbre y como una necesidad, en los pueblos y en los individuos, en los amigos y en los enemigos, en la sociedad y en la familia, cada vez que muere una persona y se recuerdan sus vicios, sus virtudes y todos los actos que constituyeron su vida, dentro del círculo más ó ménos extenso en que se desenvolvió. Así, escribir una verdadera necrología es demandar á una generación ante el tribunal de la historia, y aquilatar la parte en que ha contribuido á acrecentar el inmenso tesoro que cada época lega á la siguiente, y que forma el progreso de nuestros tiempos sin solución de continuidad.

Este juicio es siempre benévolo respecto de los actos puramente personales, porque ante la muerte se olvidan los odios y debilidades de la vida, y su helada mano oculta los rumores de la pasión; pero es tal vez más severo que nunca al analizar lo que el hombre ha hecho como individuo de la familia humana, como parte integrante de la sociedad, que tiene por vida, por alimento y por riqueza el conjunto de trabajos, esfuerzos, deseos y aspiraciones de sus miembros. Así, unas veces se suman los actos concretos del individuo, y otras se examinan las aspiraciones que no pudo ver realizadas; y de uno y otro exámen resulta el olvido de un nombre, sepultado para siempre en la indiferencia de la nada ó su inscripción en el templo de la inmortalidad. Por esta razón una necrología crítica anual sería un juicio, momento por momento, de las generaciones que van desapareciendo de un modo insensible.

No es nuestro ánimo escribir de esta manera, que exi-



LA VÍSPERA DE BODAS

COPIA DE UN CUADRO DEL CÉLEBRE PINTOR ANTONIO DIEFFENBACH

giría mayor espacio que un artículo, y mayor tiempo que el de que disponemos; pero tampoco queremos presentar una lista descarnada de nombres propios, sin relación alguna con la vida social.

La muerte tiene á veces en sus formas ó en sus coincidencias caprichos que no pueden ménos de impresionar profundamente á las imaginaciones, y que con frecuencia influyen de un modo poderoso en los sucesos del mundo. ¿Quién no se ha fijado en la casualidad de morir en un mismo día, según dos calendarios, Shakespeare y Cervantes? ¿A quién no ha impresionado el hecho misterioso de que Fernando IV entregase su alma en el plazo que le marcaron, desde el suplicio, los hermanos Carvajales, y que César cayese muerto al pié de la estatua de Pompeyo?—Los artículos necrológicos suelen apreciar estas raras coincidencias, que á veces son muy notables, cuando se relaciona la muerte, que es el gran misterio de la vida, con los hechos de la vida, que es el gran misterio de la humanidad.

Pío IX, Víctor Manuel y La Mármora, las tres grandes figuras que sobresalen en esa obra gigantesca de la unidad italiana, desaparecen casi á un mismo tiempo de la tierra, como los gladiadores desaparecían del circo después de la lucha, yendo á descansar juntos, vencedores y vencidos. Con su muerte se cierra el periodo histórico que formaron, dejando resuelto el gran problema del papado y la soberanía temporal, que es tal vez el mayor de nuestros tiempos. ¿Qué extraño es que en Roma se hayan publicado muchos escritos sobre esta coincidencia por el ciego entusiasmo de los partidarios de Italia irredenta y por el fanatismo de los sectarios del Papa, rey de Roma?

Benedek y La Mármora nacen y mueren en un mismo año, conquistan glorias y padecen reveses de la suerte casi al mismo tiempo: la batalla de Custozza es la de Sadowa para La Mármora; ambos se retiran á la vida privada, y siguen de tal modo una misma fortuna, que su necrología se ha prestado en todos los periódicos de Europa á comparaciones sumamente curiosas.—¿Y cuántas de este género no podríamos hacer en la larga lista de hombres notables que han bajado al sepulcro en el año 1878?

Pero tal vez en ningún ramo ha sido la muerte tan despiadada como en ciencias. El año 78 nos ha arrebatado, poco después de Leveillé, al P. Secchi, creador de la física solar; á Regnault, inventor de las leyes de la química-física moderna; á Roberto Mayer, inventor del equivalente mecánico del calor; á Soleil, descubridor de los efectos de la luz en el análisis y composición química de los cuerpos, y á Claudio Bernard, inventor de la fisiología experimental.

También estos nombres cierran un periodo histórico de la ciencia, que no por ser eclipsado por recientes é importantes descubrimientos deja de tener un gran mérito. Á esa generación de sabios ha sucedido ya otra vigorosa, que encamina sus pasos por nuevas é incógnitas regiones. ¡Han muerto este año y eran ya tal vez más viejos en la ciencia que en la vida! Á Regnault han sustituido Cailletet y Pictet, liquidando y solidificando los gases que aquél llamaba permanentes; á las indicaciones del P. Secchi han reemplazado las observaciones directas del oxígeno en el sol; al descubrimiento de Mayer, toda la teoría termodinámica, y á Soleil, que quiso hacer entrar la luz en los elementos del análisis químico, ha sustituido Edisson introduciendo el sonido en el omnipotente y veloz fluido eléctrico.

Esa generación de nuestros maestros; esos nombres venerables, que oímos pronunciar con tanto respeto en los primeros años de nuestra vida, serían dentro de poco discípulos de sus discípulos!

Pero es tanto lo que podríamos decir bajo este punto de vista, que llegaríamos á escribir la historia completa del año 1878; lo que no es nuestro propósito. Citemos, pues, los nombres de algunos personajes ilustres que hayan muerto en el año que espira.

II

ORDEN ECLESIASTICO

El Sumo Pontífice Pío IX. Juan Mastai Ferreti, cardenal decano, proclamado papa el 16 de Junio de 1846. Nació en 1792.

Monseñor José Berardi, cardenal, abogado, ministro de obras públicas de los Estados Pontificios, que contra la opinión de los demás cardenales, introdujo los ferrocarriles en los dominios del Papa. Nació en 1810.

Monseñor Alejandro Franchi, cardenal, secretario de Estado de Leon XIII, arzobispo de Tesalónica, y diplomático. Nació en 1819.

Monseñor Vital Oliveira, obispo de Olinda, capuchino, teólogo y literato, consagrado á los 27 años. Nació en 1844.

POLÍTICOS Y HOMBRES DE ESTADO

Víctor Manuel, primer rey de Italia. Nació en 1820. El general La Mármora, Alfonso Ferraro, marqués de la Mármora, oficial de artillería; general de brigada en

la guerra del Piamonte y Austria en 1848; teniente general y ministro de la Guerra en 1849; organizador del ejército sardo y comandante en jefe de las tropas de Cerdeña, en la guerra de Crimea; prefecto general de Nápoles en 1862; presidente del Consejo en 1866 y general en jefe en la guerra con Austria, vencido en la batalla de Custozza, y consejero influyente en todo los asuntos políticos de Italia.—En 1874 publicó un libro, titulado *Un poco de luz*, en que daba interesantísimas noticias sobre las negociaciones de Italia con Francia y Suiza. Nació en 1804.

El general Benedek, hijo de un médico de Edemburgo. Se distinguió en la campaña de Milan de 1848, y después en la guerra de Italia. Su carrera militar acabó con la batalla de Sadowa, en la campaña entre Austria y Prusia. Nació en 1804.

El príncipe de Saint-Wittgensteien, ayudante del czar de Rusia.

El príncipe Víctor Wassilchikot, jefe de estado mayor en el ejército ruso durante el sitio de Sebastopol, y después ministro de la Guerra.

Cousin de Montauban, conde de Palikao. Mereció este título por haber entrado en Pekin en 1860 con la expedición franco-inglesa. Formó parte del último gobierno imperial por encargo de la emperatriz Eugenia.

El marqués de Les Cazes, chambelan y consejero de Napoleón III. Nació en 1812.

El conde Potocki, emigrado y revolucionario polaco, que tomó una parte activa en la guerra de Polonia.

El duque de Otranto (Fouché), ayudante que fué del general Bernadotte.

El general polaco Luis Mieroslawski, que se distinguió en las insurrecciones de 1830, 1846, 1863, en la del ducado de Posen de 1848 y en la de Sicilia en 1849. Ha dejado varias memorias históricas, políticas y militares.

El coronel Rustow, escritor histórico y militar. Perseguido en Brandeburgo, su patria, por un libro sobre la organización militar alemana, huyó á Suiza, de donde pasó á formar parte del ejército de Garibaldi, haciendo la guerra en Nápoles. Después se retiró á Ginebra, dedicándose al estudio. Nació en 1821.

Demetrio Bulgaris, presidente del gobierno griego durante la guerra de Crimea. En 1853 se retiró á la vida privada, pero la revolución de 1862 le nombró presidente del gobierno provisional y miembro del triunvirato. En 1863 volvió á ser presidente y ministro del Interior. Perteneció á la oposición constitucional. Nació en 1801.

Miguel Horvarth, historiador húngaro, obispo *in partibus* de Trebigne en Herzegovina. Fué canónigo de Pesth, ardiente revolucionario y ministro de Instrucción pública del gobierno provisional húngaro en 1849. Condenado después á muerte, escribió en el destierro su notable *Historia de la nación húngara*. Nació en 1809.

Garnier Pages, economista, corregidor de París en 1848, ministro de Hacienda y miembro de la comisión ejecutiva; enemigo del imperio é individuo del gobierno de la defensa nacional. Escribió algunos folletos y el *Episodio de la revolución de 1848*. Nació en 1803.

Julio Brame, ministro que fué de Instrucción pública en el gabinete del 10 de Agosto, antes de la caída de Napoleón.

Foersted, director general del ministerio de Cultos en Prusia, y autor de los trabajos de legislación nacional del ministro Falk.

Jorge Whalley, rico propietario y abogado inglés, célebre por sus discursos contra los jesuitas, á quienes atribuía todos los crímenes. Nació en 1813.

Hortensio Saint-Albin, que fué uno de los fundadores del *Constitutionnel*. Adquirió nombradía en 1831 por haber salvado del furor popular el monumento de Mallesherbes en el palacio de Justicia. Deja algunas poesías líricas y algunos ensayos sobre puntos de historia y literatura.

E. Allard, orador y diputado belga, autor del magnífico informe sobre la reforma de la instrucción pública, que ha discutido la cámara de Bruselas.

Gustavo Bonin, decano del Reichstag alemán. Nació en 1797.

Hipólito Sartin, diputado francés, enemigo del imperio, que estuvo en las barricadas el 2 de Diciembre. A consecuencia de este hecho tuvo que emigrar y se estableció en Tremecen, donde ha muerto ejerciendo el oficio de abogado.

Miguel Servant, célebre ebanista y ardiente político, que estuvo también con Sartin en las barricadas, y con él emigró á Argel, volviendo á Francia en 1860. En su taller trabajaban quinientas personas.

Basilio Cabral, literato y político portugués. Tomó una parte activa en la revolución de 1820 y contra la conspiración miguelista en 1828. Estuvo emigrado en España donde sirvió en el ejército. Era muy aficionado á los clásicos latinos.

Cristhian Koudriasky, embajador de Rusia en España.

LITERATOS, POETAS Y ESCRITORES

Menisier, colaborador dramático con Scribe y Saint-George. Escribió con el primero *Les malheurs d'un amant heureux* y con el segundo *L'éclair*. Era el decano de los dramáticos franceses. Nació en 1793.

Charpentier, profesor de retórica en París, autor y colector de varias obras literarias. Nació en 1794.

Garcin de Tassy, orientalista, primer profesor de la cátedra de indostan en París, individuo de la Academia de Bellas Artes, y autor de muchos estudios sobre la religión musulmana y la literatura del Indostan. Nació en 1794.

Luis Koeniswarter, holandés, jurisconsulto notable, autor de varias obras, traducidas á casi todas las lenguas, sobre la organización de la familia, el desarrollo de la sociedad humana y del derecho civil. Nació en 1817.

Nicolás Khanikoff, orientalista y viajero ruso, que deja curiosos escritos sobre el Asia Menor. Nació en 1819.

V. de Saint-Albin, director que fué de *La Patrie*. Nació en 1816.

• Carlos Desoline, literato, director de *l'Europe artiste*.

Julio Dantín, novelista, que debió principalmente su nombre á la titulada *La Bossue*.

Eugenio Dumez, emigrado francés, fundador en los Estados-Unidos del periódico *L'Union*, y redactor del *Mechascebé*.

Hipólito Lúcas, bibliotecario del Arsenal, redactor literario del *Siècle*, y autor de muchas obras dramáticas imitación del teatro antiguo y del español, entre ellas *El tejedor de Segovia* y *El Médico de su honra*. Además escribió varias óperas como el *Belisario* y la *Estrella de Sevilla*. Nació en 1816.

Alejo Pierron, helenista y autor de los Manuales de la literatura griega, latina y francesa. Nació en 1816.

Bayardo Taylor, embajador de los Estados-Unidos en Berlín. Aprendiz de cajista, publicó un tomo de poesías titulado *Jimena*, á los diez y seis años, y con su producto hizo un viaje alrededor del mundo, escribiendo después sus aventuras. Tradujo el *Fausto* y las obras de Humboldt, y por último entró en la carrera diplomática. Nació en 1824.

Carlos Gutzkow, célebre escritor alemán, autor de *Las cartas de un loco*, de *Dioses, héroes y D. Quijotes*, de *Las cartas de París*, del *Mágico de Roma* y del drama *Neron*. Atacó en nombre del racionalismo todo lo sobrenatural, siendo condenado á prisión por sus escritos. Nació 1811.

Julio Demolière, autor dramático que escribió el *Yerno del millonario*. Fué también hombre político y secretario del gobierno provisional en 1848. Nació en 1802.

Antonio Teixeira de Vasconcellos, presidente de la Academia de Ciencias de Lisboa, periodista y literato.

Camilo de la Berge, encargado de la sala de medallas de la Biblioteca nacional de París. Fué redactor de la *Revista histórica* y de la *Revista crítica*, y escribió una Memoria sobre la marina romana, premiada por la Academia, y un Ensayo sobre el reinado de Trajano.

Whyte-Melville, popular novelista inglés. Fué militar y tomó parte en la guerra de Crimea. Escribió muchas novelas históricas de mérito. Era también un poeta clásico y tradujo las odas de Horacio. Nació en 1821.

HOMBRES DE CIENCIAS.

Angelo Secchi, jesuita, director del Observatorio del Colegio romano. Estudió principalmente la física solar y la espectroscopia de los planetas y de las estrellas. Inventó el meteorógrafo para recoger con una sola observación todos los fenómenos atmosféricos. Además de algunas obras sobre estos puntos, escribió sobre la correlación de las fuerzas físicas y sobre filosofía natural. Nació en 1818.

M. Regnault, ingeniero de minas, profesor de física en el Colegio de Francia y de química en la Escuela politécnica, académico de ciencias y director de la gran fábrica de Sevres. El nombre de Regnault es europeo: la ciencia le debe la determinación de las constantes numéricas que entran en el cálculo de los efectos del calor y los coeficientes de la compresión de los gases y fluidos elásticos; así como profundas observaciones y análisis químicos.—Por una coincidencia singular ha muerto al aniversario del fallecimiento de su hijo, el célebre y laureado pintor, que hizo el retrato del general Prim á caballo. Nació en 1810.

Ernesto Quetelet, astrónomo del Observatorio de París, matemático y físico. Empezó el catálogo de estrellas con movimiento propio. Nació en 1825.

Soleil, inventor del sacárimetro y de las más importantes observaciones sobre la luz como agente químico. Nació en 1798.

Roberto Mayer, físico alemán, descubridor del equivalente mecánico del calor.

Chevaudier de Valdrôme, ministro del Interior que fué en el gabinete Ollivier, autor de notables memorias sobre química, historia natural y selvicultura.

Claudio Bernard, fundador de la fisiología experimental. Nació en 1813.

Alfredo Caillaux, ingeniero de minas. Publicó un estudio sobre las minas de Toscana y una descripción completa de las minas metalúrgicas de Francia, premiada en la Exposición universal.

John Penn, ingeniero de la marina inglesa, constructor de las máquinas de los mayores buques acorazados de la armada británica y de los de Rusia, Turquía, Egipto y Austria. Fué fundador de la Sociedad de Ingenieros y miembro de la Sociedad Real de Londres. Á su muerte tenía ocupados 2,500 obreros.

Adolfo Barré, ingeniero, director de los ferrocarriles del Estado en Austria. Nació en 1836.

Bienaymé, académico de ciencias en Francia, autor de varios trabajos sobre la ley de las probabilidades de Laplace.

Montel, decano de la facultad de Teología protestante de Montauban, filósofo y orador. Nació en 1790.

El doctor Gintrac, decano de Medicina en Burdeos y colaborador del *Diccionario de Medicina*. Nació en 1820.

Edwin de Bary, viajero alemán, que fué el primero que exploró los lagos de cocodrilos de Mihero en África. Murió en el oasis de Air, al Sur de Sahara.

El doctor Barth, presidente de la Academia de Medicina en París.

El doctor Hirtz, profesor de Clínica médica en la facultad de Medicina de Nancy, notabilidad de la escuela de Estrasburgo en las enfermedades del corazón y de los pulmones. Nació en 1810.

El baron de Bonnaire, creador del jardín de aclimatación de Niza.

Gabriel Dolafosse, mineralogista y miembro del Instituto; autor de varias y populares obras de historia natural, y notable por sus trabajos sobre cristalografía. Nació en 1794.

M. Fries, profesor de Botánica de la Universidad de Upsala y autor de muchas obras sobre las criptógamas. Nació en 1794.

El marques de Vibraye, geólogo y astrónomo, fundador de una gran explotación agrícola-científica.

Andrés Murray, presidente de la Sociedad de Botánica de Edimburgo y autor de muchos trabajos sobre las plantas.

Julio Curioni, químico y geólogo milanes, autor del mejor mapa de la Lombardia. Nació en 1796.

Sir Richard Griffith, químico y mineralogista irlandés. Fué el primero que estudió el níquel y sus aplicaciones industriales. Nació en 1783, y era el decano de los químicos europeos.

El doctor Milligen, médico que fué de Lord Byron, y en cuyos brazos murió el célebre poeta. Nació en 1771.

ARTISTAS.

Enrique Potier, pianista y profesor del Conservatorio de París. Ganó en 1831 el primer premio de piano, y al año siguiente el de armonía. Compuso *Mademoiselle de Merange*, *Les caquets du couvent*, *Il Signor Pascarello* y el baile *Aelia y Mysis*. Nació en 1816.

Adolfo Violet Le Duc, paisajista distinguido y redactor artístico del periódico *Les Debats*.

Francisco Diday, paisajista ginebrino, primer premio de la Exposición de París en 1841, por unas vistas de los Alpes. Nació en 1812.

Sir Francisco Grant, retratista inglés, director de la Academia Real de Pintura. Nació en 1803.

Eduardo Moreau, célebre miniaturista clásico. Nació en 1824.

Roberto Wallis, grabador inglés, ennoblecido por su talento; grabó las obras de Turner. Nació en 1794.

Witor Wagner, célebre violinista, á quien la Sociedad de Cuartetos de Lisboa ha erigido un mausoleo.

Sir George Gilbert Scott, arquitecto inglés, restaurador de la escuela ojival. Construyó varias iglesias de este estilo, entre ellas la de San Nicolás de Hamburgo, y fué arquitecto de la abadía de Westminster. Debíó la nobleza á su nombre como artista. Nació en 1811.

Manuel Almeida Ribeiró, arquitecto portugués, profesor de la Academia de Bellas Artes de Oporto.

Alberto Mazzucato, decano de los maestros y compositores italianos, literato, redactor de la *Gaceta musical de Milan*.

Gustavo Courbet, seminarista primero, estudiante de derecho despues, y por último pintor distinguido y jefe de la escuela realista. Nació en 1819.

Alfredo Wigan, célebre y popular actor inglés, que introdujo la costumbre de las lecturas públicas de los poetas ingleses. Nació en 1814.

FELIPE PICATOSTE.

MOVIMIENTO INTELECTUAL

EN LAS PROVINCIAS

Vitoria.—El Ateneo.—Viaje al África por Iradier.—Conferencias y libro.—*Discurso cervántico* de Burrieza.—*El Avaro*, traducido por Baraibar.—*Obras cómicas y dramáticas* de Arbulo.—Pamplona.—*En manos del extranjero*, por Oloriz.—*El Valle de lágrimas*, por García Velloso.—Bilbao.—*Ellos y nosotros*, por Goicochea.—*Aventuras de un cesante*, por Garitagoitia y Valle.—*Calendario vasco-navarro*.—*Capítulos científicos-recreativos*, por Jausoro.—Guadalajara.—El Ateneo.—Logroño.—El libro de Aleson.—Lorca.—El Ateneo.—Barcelona.—*El Odis*, por Mañé y Flaquer.

Vitoria.—El movimiento intelectual en Álava es activo como nunca. Reconozcamos de buena voluntad que en el Ateneo se nota falta de ese entusiasmo que precede á los desengaños de la vida decrepita; hoy casi fronteriza á la de la pubertad, por lo muy aprisa que se vive; confesemos que esas generaciones que dan nueva savia y vigor á las sociedades no aparecen hoy en este centro, como aparecieron hace años, logrando darle un impulso que jamas lo recibió mayor; afirmemos, que en sus antiguos profesores hay cansancio y hasta desilusion y que en parte el público participa de los mismos defectos, para poder apreciar mejor el interes, la oportunidad y el mérito que habrán necesitado tener las conferencias que ha dado *Manuel Iradier*, para crear el entusiasmo en todos, haciendo que en los espaciosos salones del Ateneo no cupiese el numeroso público que acudía á escuchar con ávido interes las peripecias de sus *Viajes al África*. Las circunstancias eran verdaderamente favorables. Un niño había pasado muchos años, hasta hacerse hombre, estudiando todo cuanto se refería al interior del África; cuando terminó su carrera, *Manuel Iradier* era un sabio, y, lo que es más, estaba decidido á no contrariar su vocación que le llevaba con irresistible empuje á ese piélago de lo desconocido, á ese interior del continente africano cuyo descubrimiento, aún ni con mucho completo, tantas víctimas ha costado. En efecto; Iradier, hechas ya todas las prevenciones, se lanzó al África en Enero de 1875, para regresar en Octubre de 1877, habiendo invertido en sus viajes cerca de tres años. Volvía, pues, de su larga expedición á dar cuenta de sus trabajos y á activar la consecución de los medios necesarios para llevar á cabo la ilusion de toda su vida. Vitoria en general y el Ateneo particularmente, del cual es hijo intelectual predilecto, le recibieron cariñosamente y con los brazos abiertos. El espectáculo de su primera conferencia fué conmovedor. Cuando apareció en la plataforma el auditorio prorumpió en aplausos que solo pudieron ser acallados por el deseo de no perder una sola palabra del viajero. Éste se hallaba vivamente emocionado y su palidez resaltaba más en el contraste que formaba con su barba y cabellos enteramente negros. Varias veces quiso hablar y balbuceaba sin poder articular una sola palabra, y el público, participando de la emoción, aplaudía con calor y placer. Serenados al fin el público y el orador, Iradier empezó su serie de conferencias, á las que le ha acompañado cariñosamente todo el público que asistió aquella noche feliz. En ellas el viajero ha hecho interesantes y científicas narraciones de los países recorridos en su exploración, que abarcan la bahía de Corisco, los islotes de Elobey, el territorio del cabo de San Juan, las costas de los Vicos y Bijas, la region de los Curus, la del rio Muny, la de los Pamues y Bujebas, el imperio de los Mashangos y el país de los Palatitos, situado 800 millas hacia el interior; ocupándose de sus límites y situación geográfica, de la perspectiva que presentan las costas bajas y verdes, dominadas por el Biunbanyoku, su mar azul y tranquilo; del clima, de los vientos, de los montes y producciones, del número, origen é historia de sus habitantes, de sus trabajos y supersticiones, presentando al público como comprobantes varios instrumentos religiosos y guerreros, entre los cuales llamó la atención el místico *ongano* y un abanico de oreja de elefante; de la religion de los indígenas, que presenta sorprendentes semejanzas con las doctrinas espiritistas en concepto del explorador; de su gobierno y de la administración de justicia.

Ademas de dicho Sr. Iradier, han dado conferencias en el Ateneo de Vitoria, sobre los temas que se indican, los Sres. Apraiz: *San Isidoro de Sevilla y la ciencia isidoriana*; Martínez: *Estado actual de la enseñanza de la Historia Natural y el método que en ella debe seguirse*; Baraibar: *Drama satírico griego*; Capdepon: *Lecturas poéticas*; Herran: *Influencia de las escuelas dramáticas de Ayala y Echegaray sobre el teatro español contemporáneo é influencia de los progresos de la táctica militar en el poderío de las naciones europeas*; y se ha discutido largamente el extraño tema: *¿Existen los seres inorgánicos? La tierra ¿es un ser vivo?* en el que terciaron, ademas de los indicados arriba, los Sres. Burrieza y Carvajal.

Vitoria continúa siendo una de las poblaciones de más variado movimiento bibliográfico. Dejando aparte una porción de folletos, sobrado insignificantes, aún nos

queda algo que decir; y esto teniendo en cuenta que llamamos, por ser partes interesadas, lo que de otro modo escribiríamos sobre la *Revista de las provincias éuskaras*; el *Elogio fúnebre de Cervantes*, pronunciado en el teatro de esta capital, la *Biografía de Moraña* y la fundación de la *Biblioteca éuskara*, que pertenecen al encargado de redactar estas crónicas.

Pero aún sin lo citado tenemos entre manos *África*, por Manuel Iradier-Bulfy; *Discurso pronunciado en la Academia Eervántica Española*, por Antolin Burrieza; *El Avaro*, comedia de Goldoni, traducida por Federico Baraibar; *Obras cómicas y dramáticas* de Julian Arbulo.

El libro de Iradier lo componen fragmentos de un diario de viaje de exploración en la zona de Corisco que describe admirablemente y con un caudal de datos y noticias que asombra. En cuanto al estilo con que está escrito, no vacilamos un momento en asentar que, si la sencillez y la convicción son las principales calidades de este género, Iradier es uno de los primeros narradores de viajes, uniendo á tales dotes un sentimiento tan honrado y verdadero, que no pocas veces, estando expuesta su vida á peligros grandes sin esperanza de socorro, eleva los ojos á Dios y recuerda las personas queridas, arranca las lágrimas de los ojos del lector más indiferente. Hé aquí una muestra elocuente de su manera de escribir. Acaba de tener una entrevista en Ulombe con el rey de Vicos, que se llama Gaandu, cuyo retrato hace de este modo:

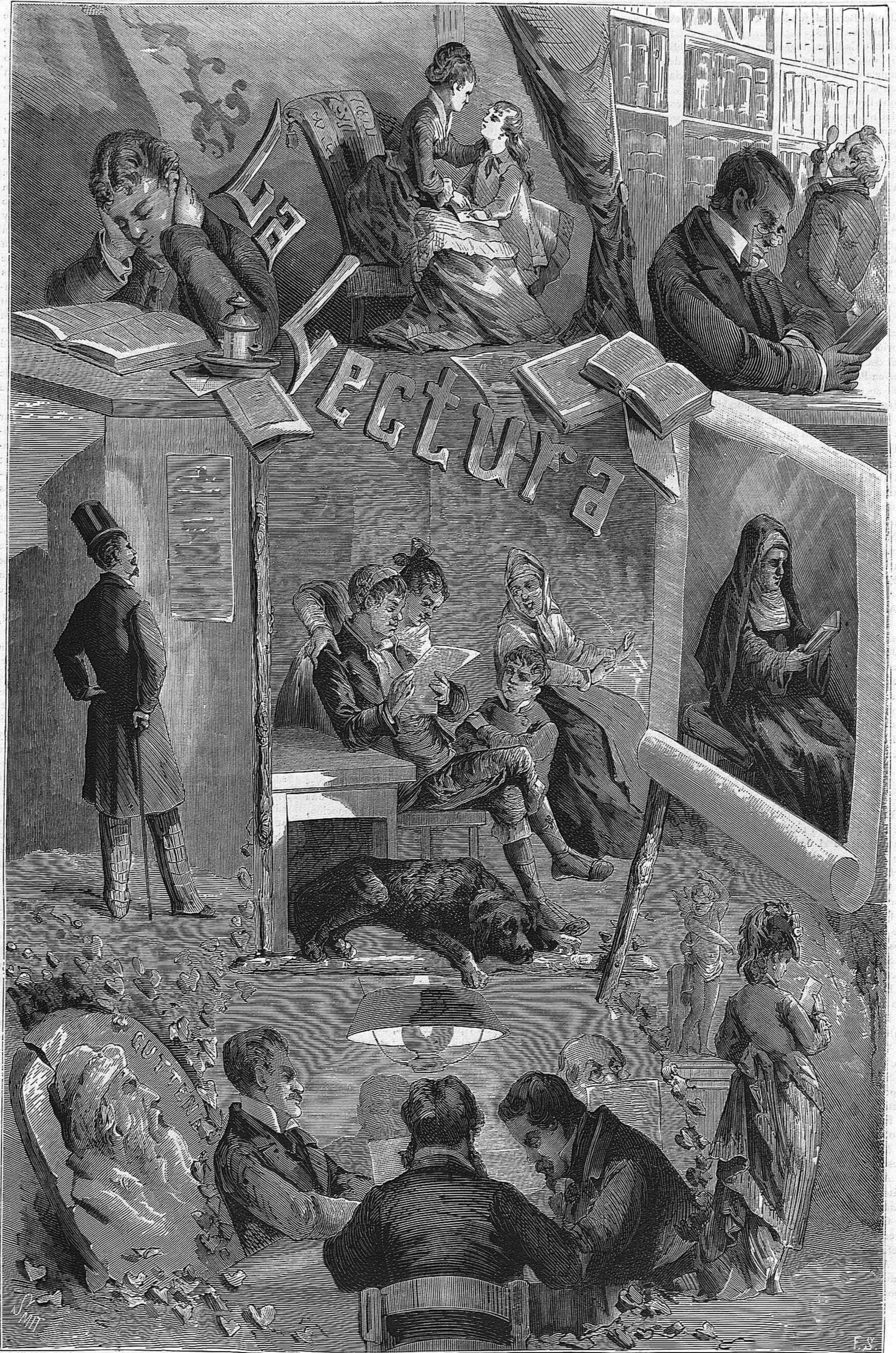
«Viejo desdentado y perverso, capaz de mandar cortar la cabeza al que le diga que ya vivirá pocos años, á causa de su edad... ojos picarescos, surcados de ramas sanguinolentas, pero fijos, impetuosos y llenos de vida; nariz regular; labios prominentes y arqueados; un rostro seco, moreno, surcado de rayas bronceadas; dos enormes orejas que se destacan extraordinariamente, gracias á la presión que ejerce un ajustado gorro de color encarnado subido; una túnica amarilla que oculta todas sus formas, y deja sólo en descubierto dos pies, que bien pudieran servir de paletas; dos manos, capaces de sustituir con ventaja á las mazas más fuertes, completan tan grotesca figura, que es más digna de mofa que de respeto...»

Y luégo, al conocer el estado gravísimo de su salud, escribe:

«Doy orden á mis criados para que se racionen con yuca y plátanos. Al pasar los pantanos siento malestar, debilidad en las piernas, frío, ganas de bostezar. Toco mi pulso y lo hallo apagado. La sed se declara: mi cabeza está caliente y dolorida. Ya sé lo que tengo: el envenenamiento miasmático. Al llegar á Combo apenas puedo sostenerme; me echo sobre mi equipaje, y bien pronto se declara un acceso de fiebre. ¡Dios quiera que no sea pernicioso!.. Quedo sumido en un profundo sopor; empieza el delirio; la imaginación adquiere gigantescas proporciones; se extiende á inmensurables distancias. Veo á mi esposa en Elobey, víctima de los más crueles presentimientos, cerrar con tímida mano la ventana del pabellon por cuyos resquicios silba el huracán del tornado, y, en medio de los truenos más espantosos y del mugido de las olas, elevar al cielo plegarias pidiendo por su marido, pobre viajero errante en aquellos momentos entre tribus desconocidas, en comarcas insalubres, solo, solo, sin medios y sin esperanza de auxilio. Veo también mi querida patria, la casa donde nació, los amigos con quienes he compartido mis dichas y dolores. Veo la historia de toda mi vida retratada en el elocuente lenguaje de los hechos; pasan, pasan con rapidez, se suceden sin interrupción; lloro, canto, río, grito; me agito, me levanto, veo una negra cara junto á la mía, y un negro brazo que me sujeta con fuerza extraordinaria; y despues, jadeante de fatiga, rendido de cansancio, estenuado, anonadado, quedo dormido entre un mar de sudor que inunda mi cuerpo. Es el segundo periodo de la fiebre. Estoy salvado.»

Á este curiosísimo libro acompañan los planos de las posesiones españolas del Golfo de Guinea, exploraciones en la cuenca del Muni y sus cercanías, exploraciones en el territorio perteneciente á España, Ileta Corisco, Elobey grande y Elobey pequeño é Islote Elobey pequeño.

El *Discurso cervántico* del Sr. Burrieza en su elogio fúnebre pronunciado en la Academia Cervántica Española el día 23 de Abril de 1877, dado ahora á luz como otros muchos que forman la colección de otros de aquella docta corporación. Este discurso revela en su autor un orador filósofo de profundidad y elocuencia, de fácil palabra y ardiente imaginación. Marchando derecho al fondo de las cosas sabe desentrañar los misterios más recónditos de su esencia, y aplicando al objeto de su trabajo un criterio eminentemente filosófico sabe mostrar lo que una inteligencia mediana acaso no hubiera mostrado, ni sospechado siquiera; el aspecto bajo el cual presenta á Cervantes y sus obras completamente nuevo, completamente original, encanta por lo lógico de sus conclusiones, por lo imparcial y severo de sus concep-



LA LECTURA

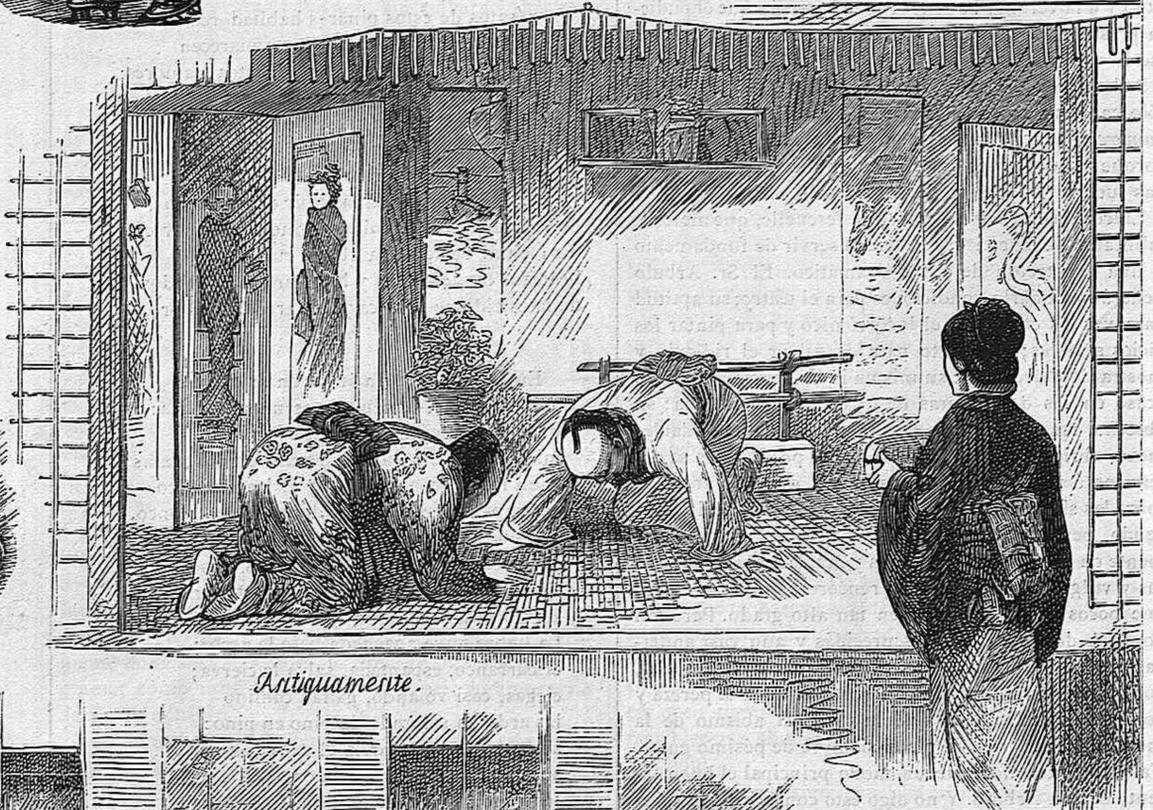
COMPOSICION DE SMITH — GRABADO DE SOLER



Familia que lleva los regalos a sus conocidos.



Un elegante.



Antiguamente.



Felicitation Matutina.

Ahora.

RICORDO

tos, por lo gráfico de sus observaciones; su laconismo y sencillez hacen resaltar la verdad de los principios sentados por el Sr. Burrieza, su belleza y armonía que de ello resulta no es la producida por esos fútiles adornos retóricos, por esa fraseología insustancial y vana, cuando no está basada en un principio verdadero, es la verdad misma que se infiltra, que se comunica, que se imbuje á todos, porque el discurso del Sr. Burrieza más hecho para la inteligencia que para el oído, llega siempre hasta lo profundo del pensamiento, comunicando á la adormecida razon sensaciones desconocidas, ideas y conceptos extraordinarios. Su discurso sentencioso y enérgico es modelo de oraciones académicas; acusa al pensador filósofo con criterio propio; conocedor y perito en todas las fuentes de la filosofía; atrevido, valiente, previsor; dotado de una fuerza de reflexion poderosa y una prudencia que le hace huir de los escollos y le impide caer en el error. Sin incurrir en las constantes contradicciones á que el dualismo de su naturaleza suele conducir al hombre, toca todos los resortes de la humana razon, escudriña los ocultos senos donde el pensamiento vive y se agita, sigue al espíritu en sus múltiples evoluciones y encamina sus conceptos á la verdad de modo tan magistral, tan sencillo y natural como se ha visto pocas veces.

El Avaro es tenido por los críticos como una de las comedias más inspiradas del dramático veneciano Carlos Goldoni. El público español no conocía esta obra y bajo este punto de vista y otros varios, es positivo é innegable el servicio prestado por el traductor D. Federico Baraitar. La version está hecha con una fidelidad admirable, pero esta que es una excelente cualidad del traductor ha de darnos motivo para animar más al señor Baraitar á que no sacrifique, hasta tal punto, á la exactitud y á la verdad, la belleza y la elegancia que él pudiera prestar á la version y que resplandecen en todos sus escritos originales.

De las obras cómicas y dramáticas de D. Julian Arbulo sólo han visto la luz pública *Pintor, músico y poeta, Un hombre con tres caras, Amor y fe y María la expósita*, porque no contamos los innumerables pasillos y escenas sueltas que han publicado algunos periódicos.

Entre ellas no hay una sola que descuelle, que merezca calificarse de buena y que pueda servir de fundamento á una reputacion de autor dramático. El Sr. Arbulo tiene, á no dudarlo, condiciones para el teatro; su aptitud para ver las cosas por el lado cómico y para pintar los vicios sociales; su acierto para descubrir el ridículo y mostrar lo defectuoso; su misma indiferencia adquirida acaso en las desventuras de una vida desgraciada; su absoluta reserva de los sentimientos que indudablemente abriga su alma de poeta y que pocas veces se determina á manifestar, le prestan un dominio absoluto sobre las situaciones y aún sobre sí mismo; su ingenio agudo, penetrante, profundo que se revela paradójicamente en borbotones de chistes y gracias, más chocarreas y vulgares que dañinas y rencorosas, son calidades que pocos llegan á poseer en tan alto grado. Pero tan notables dotes se hallan oscurecidas y aún casi anuladas por el desconocimiento absoluto de la vida social, por el invencible atractivo que para él tiene la pereza y por el desvanecimiento que le causa el abismo de la mordacidad imprevisita y casi siempre de pésimo gusto. Tales defectos afean de un modo principal el buen talento del Sr. Arbulo. Y no digo esto con ánimo de zaherirle, ni en son de venganza por corresponder á algun injustificado é inoportunistísimo artículo suyo, dígo por que así lo creo y conmigo cuantos le conocen. Si se corrigiese de estas faltas el Sr. Arbulo haría cosas buenas, porque, en cuanto á facilidad, la suya es asombrosa, siendo uno de los pocos en quienes la concepcion y su desarrollo, el fondo y la forma marchan armoniosamente. Por lo demas, el rasgo más característico del señor Arbulo es su aficion irresistible á proceder siempre al revés, á empezar sus obras por el fin, á formar de los detalles un conjunto cualquiera, á crear de una palabra un pensamiento, de un pensamiento una frase, de una frase una composicion y de una composicion una obra entera. Muy fácil me sería probar esto que acaso nadie llegue á creer, refiriendo algunas de sus manías, pero, creo bastará para el objeto el siguiente caso: Debía hacer una comedia y de lo primero de que se ocupó fué del título; despues de algunas reflexiones, una palabra pronunciada al acaso delante de él iluminó su semblante con la doble antorcha de la satisfaccion intelectual y el regocijo del alma. *Venturas y desventuras* dijo, y sobre tan débil base se propuso fundar un argumento, una accion, personajes, caracteres y cuanto necesitaba para escribir su obra. Pero no paró aquí su original extravagancia; encima de la línea donde había escrito el octosílabo con que había de titular su comedia, escribió:

Siempre con ánimo igual

é inspirado, sin duda, en aquel momento siguió escribiendo de abajo arriba hasta concluir una redondilla que, leída derechamente, decía así:

Del mundo en las amarguras
Acoger debe el mortal
Siempre, con ánimo igual,
Venturas y desventuras.

Despues de lo cual exclamó muy satisfecho. «Ya tengo el final de mi comedia.»

(Se continuará.)

FERMIN HEREAN.

EL PINAR

Á PAULINA

(Conclusion)

VI

La que amparó á su sombra la bóveda enramada del bosque, cuyo domo flotante y secular, desde que Dios extrajo la tierra de la nada, se apoya en una fábrica por Dios apilarada con los cien mil millares de troncos del pinar, con ellos, al tenderlos, la máquina y la sierra la ahuyentan y va ante ellas cejando sin cesar; avanzan ellas dando con el pinar en tierra, y cuanta poesía en el pinar se encierra delante de ellas caja, y cejará hasta el mar.

El estruendo creciente que se difunde en todo sér viviente pavura infunde; cuanto en la selva vive, la selva deja, y á emigrar se apercibe y huye y se aleja.

Cuanto sér animado constituía del pinar perfumado la poesía, cuantos de estos pinares habitantes del pinar familiares de él se guarecen y al rumor se estremecen de estos clamores, para vivir, lugares buscan mejores; y segun crecen los silbos de las máquinas, desaparecen.

Contémplos, Paulina, huir despavoridos, ó absortos escuchándolos é inmóviles de pavor, oír los mil baladros, aullidos y rugidos, bostezos candescientes y humeantes resoplidos de la estridente fábrica y el carro del vapor.

En la punta de un árbol una marica curiosa oye el estrépito que no se explica: un conejo empujado sobre las patas mira el humo asombrado tras de unas matas; y un mirlo, con el ruido y el humo ronco, va amparándose, huído, de tronco en tronco. Vacinando apresuradas sus almacenes y en cordón y cargadas como los trenes, sintiendo que peligran hueva y granero, las hormigas emigran de su agujero. La liebre huye agachada bajo la yerba; el barranco, espantada, salva la cierva; ciegas, casi volando, ganan camino las ardillas saltando de pino en pino: sus panales vacíos deja el enjambre; su capullo el gusano deja en estambre; los anfibios y ranas que en torno bullen del lago en él se arrojan, y se zambullen. Las aves desanidan y se desbandan, los brutos no se cuidan de por do andan. Banda revuelta de ánades que el aire cruza atropella en sus círculos á una lechuza; temiendo á una vulpeja que torna el jopo, con una comadreja se topa un topo; al cruzar la maleza, bajo un tomillo un lagarto tropieza con un cuclillo; y un garduño, que pasa con miedo á un sapo bajo un espino, rasa con un gazapo.

Reptiles y alimañas, mansas ó fieras, desconocen urañas sus madrigueras; y las bestias de carga, redil y establo, parece que á la larga, sienten al diablo! mueden de los pesebres traba y ronzales cobardes, como liebres, los animales: y lo mismo los sueltos que los trabados, se amontonan revueltos y amedrentados: y excitándose ardientes unos á otros, relinchan impacientes yeguas y potros; la vaca á quien se aleja de su ternero, muge por él; la obeja por su cordero bala; y la cabra trémula casi con grito de voz humana, clama por su cabrito. De mulas, de lebreles y de becerros se oyen los cascabeles y los cencerros; la encerrada y doméstica volateria añade á tal estrépito su gritería; fieles á su consigna ladran los perros, y el eco apoderándose de tal tumulto

le repite, redobra y extiende á bulto por barrancos, quebradas, simas y cerros: fin de la escena de mi cuento esta noche de luna llena.

VII

¿Te ha gustado mi cuento? Si ó no, Paulina.
¿Sí? pues oye un momento, que aún no termina: que añade deja algo que sustituya la moraleja.

Siguieron avanzando la máquina y la sierra, y yo, que allí vivía no más por el pinar y por la poesía que en el pinar se encierra, mirando que á dar iban con el pinar en tierra, creí que aquella tierra debía abandonar.

Torné á los patrios lares: quisiste oír mi historia: te prometí cantares: mas ronco y viejo ya, mis cuentos familiares trayendo á la memoria, te hablé de unos pinares... y te aburrí quizá.

Perdona mi torpeza: mi decadencia excusa: ya no hay en mí firmeza, desbarra ya mi musa, delira mi cabeza, mi inspiracion se va.

Mi poesía pasa cual flor de un día; como las que en mi casa de Francia había... pero aún me pinto para hacer de palabras un laberinto.

JOSÉ ZORRILLA.

IMPRESIONES SOBRE UN PAISAJE

Un cerro aquí y un tajo... allá un torrente que arrastra rocas y árboles en pos... juncos abajo y mies, yuntas y gente... arriba robles, nubes, sol ardiente... y más arriba Dios.

Fuego del Sér que, con mirar, ya rojos arden los soles que encendidos van; vivida luz de los divinos ojos, mirame, dorarás sombras de enojos, que inspiracion no dan.

¡Inspiracion, á mí! Si sacro fuego eres en el altar del corazón, altar te doy, pues las rodillas pliego, y doite incienso, pues te doy mi ruego.
¡Acude, inspiracion!

Ven, ven, fiebre divina, la que inquieta el alma, cuando tú calor le das; voz del laud y luz de la paleta, ven ¡ay! no soy poeta, mas poeta aquí seré quizás.

Ya en mi sien ardes, aunque nunca brillas, hundiendo vanos mitos á mis piés: mitos no invoco hincado de rodillas; contemplo aquí de Dios las maravillas y Dios mi númen es.

¡Dios! dice aquí el peñasco en su habla muda;
¡Dios! dice el ave en liberos rondós
¡Dios! va diciendo el agua, mansa ó ruda;
y el árbol, cual la flor, á Dios saluda diciendo: ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Yo te confieso ¡oh Sér! yo tu Sér canto de seres que son barro con desden, pues aquí en tanto cielo y brillo tanto vaga el primer aliento, el eco santo del fiat del Eden.

Miré yo el astro en que se enciende el día, y en él sólo ví un brillo de arbol; ahora lo mira absorta el alma mía viendo en reflejos míl cómo varía aquí su lumbre el sol.

Allí miro el color de lo pasado, recuerdos tristes que en el alma están; miro el de lo presente en este lado; allá el de lo futuro algo velado, porque es color de afan.

¡El color del pasado!.. que es la historia de una estrella benéfica ó cruel: hasta la pena es bella en la memoria y aquí está su color, y el de la gloria: abrojos y laurel.

¡El color del presente!.. claro, umbrío, segun para mirarlo es el cristal: el cristal es el alma, el alma un río, cual ese que da perlas ó un rocío de llanto á cada cual.

¡El color del futuro!.. eso que lanza
por el espacio el alma, hecha vapor;
ese amor reflejado en lontananza,
que es la vida, es el hombre, es... la esperanza,
está en aquel color.

Por más ¡ay! que el dolor la alma taladre
hubo un tiempo en que el hombre fué feliz:
no es la inocencia de la dicha madre?
Pues un lirio allí veo... ¡y un baladre
que amarga su raíz!

Aquí, sobre esta rama en que aura gime
törtola humilde entona su canción;
y allá, bajo aquel risco, allá se oprime
sierpe soberbia. Y silba ¡eco sublime!
eco de maldición!

El árbol este en fruto se desgaja,
ni savia ni hojas da el espino aquel;
sobre roca esta vid de agraz se cuaja,
y en el cóncavo aquel que hace una laja
hay un panal de miel.

De un hilo solo atado en esta cumbre
cibra para caer fiero peñón.
¡Ay! ¡cuál rodara abajo haciendo lumbre
y despojos de horror su pesadumbre!
¡Empújalo, aquilon!

Y en el río otra roca, como un roble
se arraiga, sin dar nunca ni un vaiven;
y estará, como estuvo, siempre inmoble,
aunque lo empuje el agua y fuerza doble
del huracán también.

Por sus grietas y rajadas y redores
salta el agua y despéñase fugaz;
y en sus perlas y chispas y vapores
la luz se descompone en los colores
del iris, que es la paz.

Y acá la rana sucia bajo el cieno
goza su amor, amor de lodazal;
y allá el águila busca, en su sereno
vuelo que no espaventa el ronco trueno,
estrellas por nidar.

Y aquí esconde entre tamaras su planta
del labriego la choza en sencillez;
el labriego, que en paz, vive y la canta
sin envidiar palacios que abrillanta
el sol de la altivez.

Y allá se alza la torre del cristiano
como un canto perpetuo de oración,
como el saludo de un amor lejano,
cual de una madre la elevada mano
que da su bendición.

Y corona la torre el panorama,
pues falta, á no, un color: el de la fe.
Un templo es árbol que elevó una rama
arriba, arriba... y en ella vive que clama
diciendo ¡cree! cree! cree!

Me gusta estar aquí, de libre viento
con ráfagas ceñido y viendo azul;
sobre lo azul y el aire el pensamiento,
y el pie en los riscos, do rasgarse siento
de algo velado el tul.

Cerros, barrancos, pueblo y todo lleno
con voz que repercute el eco... ¡Oh!
¡Cómo será el fragor en este seno,
cuando Dios diga al rayo en voz de trueno:
¡Rompe! lo mando yo!

Corra de nubes el plumizo manto,
ciérrase el cielo en ruda tempestad,
rompa el rayo y el trueno y... No me espanto:
yo quiero oír la voz del Santo Santo
en esta majestad.

Me gusta estar aquí, donde los ojos
giran ardiendo en rauda frenesí;
donde puedo rodar entre despojos
de riscos, flores, árboles, abrojos...
¡Me gusta estar aquí!

Aquí siento más firme el fiel latido,
en este pecho roto golpear;
pues desde aquí midiendo, como mido,
abismos y horizontes, hasta olvido
que hijo soy del azar.

Un cerro aquí y un tajo... allá un torrente
que arrastra rocas y árboles en pos...
juncos abajo y mies, yuntas y gente...
arriba robles, nubes, sol ardiente
y más arriba, Dios.

CECILIO NAVARRO.

LA VIDA Y LA MUERTE

SONETO

Muere la yema, sí, al calor de spuerto,
Botón se forma que á capullo avanza.
Crece el capullo, y muere sin tardanza,
Naciendo rosa del capullo abierto.
Vive la rosa engalanando el huerto,
Pero sécase y surge otra mudanza,
Y todo así cuanto la mente alcanza,
Si nunca al fin es vivo, nunca es muerto.
Serie de nadas nunca interrumpida,
La forma es todo, que su sér convierte
Trocada en otra forma de seguida;
Y estos nadas se alcanzan de tal suerte
Que una serie de muertes es la vida,
Y una serie de vidas es la muerte.

ALFONSO E. OLLERO.

LA LECTURA

La verdad es la constante aspiración del entendimiento, que es el alma pensando, como el bien el fin de la voluntad, que es el alma queriendo.

La sabiduría abarca muchas verdades, pero no las alcanza ni puede alcanzarlas todas. El conocimiento de las verdades, de la verdad en todo, de la verdad íntegra, absoluta, universal, está reservado á Dios, causa y origen de toda luz, y sólo es dado al hombre dirigirse á ese gran foco, vislumbrar esa suprema irradiación poseyendo verdades contingentes, alcanzando la verdad en grados inferiores, donde puede confundirse y de hecho se confunde con el error, con lo que no es, cuando la verdad es lo que es. La verdad y el error: hé aquí toda la ciencia humana.

El estudio y la lectura son medios de ilustración por donde se va á la ciencia. No son, sin embargo, dos medios, sino una bifurcación, por decirlo así, de un mismo camino, cuyos brazos, aunque desiguales, van á parar á un río mismo. Porque leer no es estudiar, siquiera uno y otro acto pongan en ejercicio el entendimiento para aprender.

En efecto, el estudio exige intensidad, esfuerzos de reflexión, austeridad de juicio, disciplina y hasta estricta atención de espíritu; la lectura sólo quiere atención espontánea y plácida. Aquél lleva á la ciencia en su gran concepto; ésta solamente á la noción. Pero dad á la simple lectura método y perseverancia y os llevará insensiblemente á cierto grado de cultura intelectual, de ilustración y aún de erudición. Hombres conocemos, y no pocos, que sin haber estudiado en la técnica acepción de la palabra y sí sólo haber leído mucho y bien, hablan y escriben como letrados. No á todos les es dado seguir una carrera; pero, poco ó mucho, todos pueden leer. Leamos, pues, poco ó mucho, pero leamos bien y así podremos sustraernos al rubor de ignorarlo todo.

¡Dichosa la edad que alcanzamos, con ser edad de hierro! ¡Oh! el hierro valdría siempre más que el oro, con sólo su aplicación á la imprenta. Antes de este gran invento la educación intelectual del hombre venía á ser como un privilegio, y la educación de la mujer, meramente doméstica y piadosa, excluida de su reducido programa, como medio pecaminoso, el arte rudimentario de leer y escribir.

Esta ignorancia que llamaron *santa* los antiguos, y *santa* siguen llamándola los espíritus pácatos que, siendo hijos de hoy, suspiran por la noche de ayer, esta *santa* ignorancia llega hasta fines del siglo pasado en Francia y hasta bien entrado éste en casi todas las demás naciones.

Ni había tampoco necesidad de aprender un arte que apenas podía ejercitarse, prohibido como estaba casi todo lo profano y cerrado con los siete sellos del latín todo lo sagrado.

Pero ahora que todo está iluminado por el fuego de una antorcha que, bien encendida, es también un sacro fuego; ahora que á la luz de esa antorcha el alma es más refractaria, la ciencia más tratable, menos recelosa la autoridad, más dulce la moral y hasta la religión más indulgente, ahora que la prensa, como una inmensa flor mística nace al sol de todos los días, deshojándose para renacer y volver á deshojarse diariamente en libros y periódicos, hojas que lleva á los cuatro vientos y á todas las latitudes y á las inteligencias todas el impulso irresistible del progreso universal; ahora es *non sancta* la ignorancia, es vergonzosa toda sombra intelectual, es ilícito no saber á lo menos leer y escribir. Y por eso entra hoy en la educación de ambos sexos como condición de decoro y personalidad el gran mérito que lleva á la instrucción y puede llevar á todos los grados de la ciencia.

Si no saber leer es ya una gran vergüenza, saber leer y no leer es un abandono de los intereses morales, es un olvido de las necesidades del alma, una culpa vergonzosa también.

La lectura no es una gimnasia del espíritu como el estudio, que diariamente lo desarrolla y fortalece con ejercicios cada vez más íntensos y eficaces; ejercicios de

alta elaboración, elaboración de ideas, de juicios, de raciocinios; es mucho menos sin duda; pero siempre es algo en ese mismo concepto, y muy más en el de higiene del alma; porque la lectura, ese ir en pos de un alto pensamiento en su laboriosa y espléndida creación sin esfuerzo propio ni cosa de fatiga, enseña lo que se ignora, recuerda lo que se olvida, ilumina los senos de la inteligencia, templada la lira del sentimiento, dirige la voluntad, limpia, sana y recrea el espíritu, corrige, educa, ilustra, redime la conciencia: la conciencia es todo el sér.

Más para obtener por este medio tan preciado y valioso caudal, menester es que la leyenda sea adecuada y conducente al fin, pues todo el bien se tornaría en mal y en amargo sabor toda la lectura, no siendo buena la leyenda.

Moralidad: hé aquí lo que aquilata el oro de esta preciosa mina. La moralidad basta, porque no hay moral sin previo concepto religioso, como no hay religión sin Dios ni Dios sin fe. Si amáis el bien, sabréis toda la moral.

Con este sano criterio podéis elegir buena lectura, pasto espiritual, tan necesaria al alma, como al cuerpo el pan de cada día; que no de solo pan vive el hombre, tomando esta gran verdad de la Escritura. Y una vez en estas condiciones elegida la materia, leed, leed con atención, con método y perseverancia y llegaréis con el tiempo á no ser extraños á ningún asunto, si no en las discusiones técnicas, en las conversaciones de buena sociedad, los que no podéis consagraros á las altas soluciones del estudio para poseer lo que se llama ciencia.

Entre la lluvia de hojas que inunde diariamente de su cáliz la preciosa margarita del sacro diatema, hay una que condensa lo menos arduo de la ciencia, lo más primoroso del arte, lo más útil y dulce de la cultura moderna. Esa hoja de imprenta es todo un sistema de alta educación intelectual para los que no tienen la pretensión de sabios, y áun los sabios la aceptan con verdaderos plácemes, pues recuerdan en ella sin fatiga lo que iba dejando en desuso la memoria cansada ú oprimida, y doctos é indoctos tienen en ella el nivel de todos los adelantos en ciencia, en letras, en artes, etc.

Esa mágica hoja es todo periódico ilustrado, colmena á que traen su miel las más brillantes abejas, y después de haber libado el jugo del romero de la ciencia y el del tomillo del arte. ¡Qué labor de inteligencia no supone una ilustración, ese certamen abierto á los escogidos por todas las nueve Musas! ¡Y cuánto esplendor de genio no se apaga en esa hoja de perfumada flor, cuando la arrastra el viento por el polvo sin excitar simpatías en inteligencias dormidas ó refractarias!

Duélenos el alma, por honra del país, cuando hacemos paralelos entre el nuestro y otros países en esto de afición á la lectura. Asombra verdaderamente el número de lectores que devoran, digámoslo así, las publicaciones extranjeras, especialmente las ilustradas. Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, la misma Rusia, no tienen papel bastante para el consumo de sus prensas que inundan hasta las aldeas con sus impresos. España anda también con cierto ardor en pos del carro triunfal del progreso; pero ¡ay! andar no es correr, ni el ardor es fiebre. Verdad es que le dió tan fuerte poco há, que en poco tiempo agotó todas sus fuerzas y no podrá restablecerse sino después de este ya largo período de reacciones.

No es esta, ni á cien leguas, alusión política, sino simplemente patológica. ¡Dios nos libre de la tentación de mentar siquiera eso que para nosotros, á lo menos en este palenque, es el fruto del árbol prohibido!

Un consejo para concluir, volviendo á nuestro asunto, á la lectura. Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, cuya muerte llora la Iglesia y la república de las letras, había consagrado lo mejor de su vida á la educación intelectual y tratado á fondo el asunto de la lectura. Inspirado por propia y por ajena experiencia aconseja á doctos é indoctos que para sacar gran provecho de la lectura no hay sino leer con la pluma en la mano, esto es, tomando apuntes de todo lo notable que encontramos. Sus libros todos tienen el sello de este buen sistema, y por eso vale un Potosí su biblioteca, no por numerosa, aunque no es pobre, sino por las notas y acotaciones escritas de su mano en los márgenes de todos sus libros, más preciosas algunas que los libros mismos.

Es, en efecto, un gran consejo el del ilustre escritor, que era autoridad en la materia: consejo que seguimos también nosotros con gratitud y provecho y lo transmitimos á quien lo quiera tomar.

Leed con la pluma en la mano y sacaréis gran fruto de esta labor del espíritu. Se retiene más en la memoria lo que se apunta bajo una fórmula propia, subjetiva, personal, nuestra ya, y se compendia además el caudal de la inteligencia en un prontuario que puede releerse sin fatiga refrescando ideas y reteniendo nociones descuidadas ó perdidas.

FEDERICO VALCÁRCEL.

BONIFACIO VIII

Todos nuestros lectores conocerán sin duda el asunto histórico que ha servido de motivo al ilustre pintor italiano Andres Gastaldi para el cuadro *Bonifacio VIII*, que es una composición de primer orden, magistralmente concebida y ejecutada, como puede verse por la copia que aparece en la página 4 de este número. El insigne artista representa al pontífice en el momento más crítico de su azarosa vida, en un momento de pavoroso y terrible despecho, si no desesperación, ante las violencias y atropellos de sus enemigos. Abofetado por Sciarra Colonna que con Nogaret, agente de Francia, al frente de la plebe romana había asaltado su palacio, fué luego puesto en libertad por la misma plebe, insurrecta ántes y sumisa despues; pero el papa no recobró ya la paz perdida, la tranquilidad de espíritu, porque á los desastres y violencias reunía el profundo pesar de ver, de sentir que se le escapaba de las manos el poder, aquella supremacía sobre todo el mundo, que tantas

intrigas y esfuerzos y luchas y amarguras le costara. Con este despecho y honda perturbacion, Bonifacio se encerró en su cámara, y negándose á tomar alimento, se encontró despues muerto al pié de su lecho.

Prescindiendo de detalles, aunque todos característicos, bien acabados y espléndidos, nos fijaremos sólo en la actitud y expresion de la figura que palpita y siente bajo los toques maravillosos del habilísimo artista. Si no habla es porque debe estar muda en su espantosa reflexion. Pero esos ojos fijos siniestramente en algo indefinido, esos labios apretados en amarga contraccion, ese puño aporreando la sagrada frente, sagrada y tormentosa á la vez, y ese crucifijo abandonado en la otra mano, como si fuera otra decepcion, otra esperanza perdida ó casi perdida, todo eso dice lo que no puede decirse. Diremos, empero, que todo ese prodigio de expresion, expresion de luz y sombras en tan fiera como sublime armonía, espanta verdaderamente el alma, la espanta y la atrae al mismo tiempo: es un abismo. Y el autor de tan valiosa obra de arte, un maestro digno de la aureola del genio.

LA EXPOSICION RETROSPECTIVA
ESPAÑOLA

La Exposicion retrospectiva de España en el último gran certámen presentó un carácter especialísimo de solemnidad y de grandeza.

Allí admirábase los más preciosos tesoros de la *Armeria Real*: la armadura de Alfonso V de Aragon; la de Felipe III, incrustada de plata y maravillosamente cincelada; la de acero grabado de Gonzalo de Córdoba, el gran Capitan; la del duque de Alba; la de Cristóbal Colon; la de Carlos V, etc., etc. También admirábase allí el magnífico cuadro del célebre pintor Gallegos, propiedad del Excmo. Sr. Conde de Fernandina, cuya copia verán nuestros lectores próximamente en las páginas de LA ACADEMIA.

En los armarios veíanse las más raras muestras del arte de los antiguos arcabuceros: arcabuces, fusiles, pistolas realzadas de oro, plata y marfil, puñales delicadamente cincelados y otros mil objetos de incalculable valía.



LA NAVEGACION-AÉREA

Nuestro grabado de la página 5 representa el conjunto de esta notable instalacion, que figuró entre las que más enaltecieron la representacion española en la Exposicion de 1878.

LA VÍSPERA DE LA BODA

CUADRO DE ANTONIO DIEFFENBACH

La escena pasa en una granja contigua al Rhin.

Su propietario forma parte de la categoría de campesinos acomodados que cuentan su fortuna por talegas y dotan á sus hijas de esmerada educacion y con unos cuantos millares de florines.

Estos reyezuelos, cuyos patrimonios por su extension y su valor dejan á menudo rezagados los dominios señoriales de los barones y de los condes, por nada del mundo abandonarían su condicion, ni alterarían los usos tradicionales de su casa, su traje, sus costumbres y su carácter.

La fiesta de familia á que nos hace asistir Dieffenbach es asunto de honor para el opulento labriego, que en su rústica sencillez, cifra su empeño en mostrarse rico é independiente

Tres semanas, por lo ménos, ántes del fausto día, festéjase la solemnidad con danzas y comilonas.

El venerable párroco que debe unir á los novios acaba de llegar á la granja, pero el orgulloso propietario no se levantará á saludarle hasta que se acerque á la mesa; entonces, dignándose llevar la mano al gorro, ordenará á su mujer con un ademán que ofrezca una silla al padre espiritual, para saborear en su compañía sendos tragos de cerveza recién traída de la ciudad.

LA NAVEGACION AÉREA

Un ingles pretende haber resuelto el problema de la direccion del globo, remontándose á regular altura por

medio de un aparato ingenioso, cuyo grabado reproducimos en esta misma página, y que apenas necesita explicacion ninguna.

Dicho aparato consta de tres partes; un globo lleno de gas, un par de alas disformes construidas de la misma tela del globo y un timon de carton, que por medio de cuerdas y con las manos debe el aereonauta manejar á su voluntad, imprimiendo al globo la direccion que quiera.

Debemos advertir á nuestros lectores que el inventor del aparato descrito no lo ha ensayado todavia, y que si bien pretende con él haber resuelto satisfactoriamente el gran problema de la navegacion aérea, para nosotros el problema queda en pié hasta que los hechos hayan venido á demostrar lo contrario.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria

TIPOGRAFIA DE LA ACADEMIA